

## GLORIAS DE ESPAÑA.



Vista de Toledo.

### LA PROCLAMACION

#### DE ALFONSO VIII.

1.

Era cerca de media noche y nadie cruzaba las estrechas y tortuosas calles de la antiquísima Toledo, cuya oscuridad aumentaban la luna oculta tras de las nubes, y la gran sombra que proyectaban los edificios. Ya en aquel año, que era el de 1168, se elevaba en el centro de la ciudad y en su parte mas alta un imponente edificio, fundado por el noble ciudadano don Esteban Illan, para que fuese á un mismo tiempo, templo y fortaleza, vivienda segura de su familia y casa de oración dedicada á San Roman. Aun se conservan hoy dia, entre las antigüedades con que se envanece la imperial ciudad, restos de este edificio con su torre gigantesca, revelando en su arquitectura el estilo y conocimientos artísticos de la época de su construcción.

Hacia este edificio se encaminaba en aquella noche y á hora tan desusada, un grupo de gentes cuya marcha tenia algo de misteriosa y fugaz. Caminaban con tal silencio, que no se percibía mas que el ruido de los pasos, y de vez en cuando el choque involuntario de las armaduras ocultas bajo las capas de los que se acercaban á la torre. Apenas llegaron á sus robustos cimientos, la puerta se abrió de par en par, y todos cedieron el paso ni mas ni menos que si fuese el rey, á un jovencito que á lo mas podría tener doce años de edad. Al entrar en la torre este personaje desconocido, la luz de las antorchas de los que habían salido á recibirle, se reflejó por un momento en los recamados de oro de su vestido, que por lo costoso y elegante revelaba en aquel niño un ilustre

25 de agosto de 1846.

personage. Todo volvió á quedar en silencio mientras que las personas principales y mas influyentes de Toledo eran llamadas una por una á la torre. Tantos movimientos no pudieron ejecutarse sin esparcir alarma entre los habitantes, que se preguntaban unos á otros, sin que ninguno pudiera dar razon de lo que pasaba. Decíase que el rey había llegado de secreto y estaba en las casas de don Esteban Illan; que en la Vega estaban ocultas las gentes de Avila decididas á favor del joven monarca; que se iba á anticipar la mayoría de este, para elevarle cuanto antes al trono, y que este suceso iba á verificarse en Toledo. Estas diversas noticias traian tan inquietos los ánimos de la muchedumbre, que antes del primer albor de la aurora, ya rodeaba una turba inmensa el edificio de San Roman, fijando ansiosamente sus miradas en las ventanas y en las almenas. La guarnición del alcázar estaba entre tanto sobre las armas, y don Fernando Ruiz de Castro, el alcaide de la fortaleza mandó, al romper el dia, salir un fuerte destacamento, para apaciguar el movimiento y apoderarse de la torre y cuantos hubiese dentro de ella. Era entonces don Fernando el justicia mayor, y tenia encomendada desde la muerte del rey don Sancho la tenencia de la ciudad y de los alcázares, hasta que el principe heredero cumpliera los catorce años. Siendo ademas uno de los mas poderosos rico-homes de Castilla, pues solo la casa de Lara podía en todo el reino competir con la suya, pretendia no se verificase en todo el reino acontecimiento de importancia sin su inmediata influencia. Altamente resentido por haberle quitado la tutela del rey niño, si entonces se le oponia, era mas bien por no ceder de su derecho y porque le favorecian los antiguos enemigos de su casa. Las tropas de su mando llegaron en actitud hostil á vista de la torre, con grande admiración del pueblo, que por todas partes estaba á la expectativa. Nadie se presentaba en el edificio; mas en el momento en que las tropas del alca-

TOMO IV. 22



zar se preparaban á acometer, resonó un clarín en lo alto de las almenas. Pareció entonces don Esteban, llan, que descubriéndose la cabeza, clamó con el mayor entusiasmo y con un vigor superior á sus años. — « ¡Oíd, oíd, oíd. En nombre de la ley y del rey que aquí está. Castilla, Castilla, Castilla por don Alonso VIII. » — A la voz de don Esteban contestan entonces fuertemente las de todos cuantos se ocultaban en el edificio, los clarines y trompetas resuenan también y las dilatadas galerías aumentan extraordinariamente la vocería. El estandarte real trema en lo alto de las almenas, que aparecen coronadas repentinamente de hombres armados, ábrense todas las ventanas á la vez y tras de ellas se manifiestan también muchos soldados en ademan de guerra. Fué entonces muy grande el alboroto; los aplausos y los vivas se repiten también en la calle y el pueblo corre á las armas y acude por todas partes. Los soldados del alcazar quieren acometer; pero el pueblo amante de su rey, prorrumpe en amenazas y creyendo que va á hacerse algún desafuero, grita. — « Viva el rey. Viva Alfonso VIII. — Fuera el de Castro. » — Tal fué el tumulto, que los soldados tuvieron que retroceder á el alcazar, acosados del pueblo y diciéndolo también con él. — « Viva Alfonso VIII. Gran parte de la muchedumbre rodea la torre, pidiendo, no las monedas que según costumbre inmemorial se distribuían en tales casos, sino armas con que combatir á los enemigos del monarca. Supieron aprovecharse de este primer ímpetu popular los del partido real, pues saliendo en seguida de la torre, reforzados con la gente que se les reunía, se dirigieron á el alcazar. No tardaron mucho en apoderarse de él; porque don Fernand de Castro, conociendo la tempestad que le amenazaba, escapó á caballo por la puente de Alcántara con dirección á Huete, donde le siguieron los mas comprometidos por su causa.

Ya quedó la ciudad libre de enemigos, ya se proclamó Alfonso VIII. Cediendo á los deseos de su pueblo sale en público el monarca, acompañado de una lucida cabalgata de los grandes que seguían su partido y recorre los sitios principales de la ciudad, entre los aplausos de la muchedumbre. Todos saludan en él al descendiente del rey don Sancho, cuyas glorias refieren los ancianos: los jóvenes creen que las han de renovar bajo el mando de su hijo, y todos los pechos generosos, juzgan cimentada desde entonces la prosperidad de la patria.

## II.

Justa era la alegría con que Castilla festejaba el advenimiento al trono del joven Alfonso. Para apreciarla en su debido punto, es preciso conocer cuán lastimosa era entonces la situación del reino y á que estado tan humillante le habían conducido la ambición de los unos y el orgullo de los otros. La memoria del rey, que según el testamento de su padre don Sancho había de durar hasta los quince años cumplidos, era causa de que todo el reino estuviese dividido en parcialidades y de que cada uno, anteponiendo sus intereses particulares al bien común, pretendiera encargarse de la custodia y crianza del príncipe, para asegurar su poder sujetándole á su capricho. La educación y seguridad del niño habían sido confiadas por don Sancho, á don Gutierre de Castro, varón respetable de prendas muy aventajadas y que había sido en otro tiempo ayodel mismo don Sancho. Esta elección escitó hasta su mas alto grado el rencor y la envidia de los Laras, otro linaje de caballeros muy principales, porque si hasta entonces habían ejercido la mayor influencia en los negocios del estado, por su nobleza, su valor y grandes posesiones á las riberas del Duero, conocían claramente que con la nueva preponderancia de los Castros, vendría á tierra todo su poder, precisamente cuando parecía haber

llegado á su mayor estension. El esplendor de los Castros oscurecía efectivamente á la casa de Lara, porque don Gutierre, aunque sin hijos, tenía cuatro sobrinos hijos de su hermano don Rodrigo, todos ellos poderosos en armas y riquezas. Agregábaseles entonces la posesión independiente de las ciudades y castillos que estaban á su cargo al tiempo de fallecer don Sancho, y que debían estar hasta que el príncipe llegase á su mayor edad. De estos sobrinos el de mas nombradía y el mayor antagonista de la casa de Lara, el era primogénito don Fernando Ruiz de Castro, que entre otras fortalezas que le estaban encomendadas, tenía la guarda de la ciudad y los alcázares de Toledo. De aquí tomaban ocasión los contrarios para afirmar que pretendía enseñorearse del reino en lugar del legítimo rey, por lo que enconándose mas los ánimos de día en día llegaron á punto de revolver toda la Castilla. En vano don Gutierre, deseoso del bien común, cedió la custodia del niño rey á un hombre que parecía neutral en aquella discordia. Al fin hubo de pasar al poder de don Manrique, el mayor de los tres hermanos Laras, y desde entonces quedó jurada guerra á muerte entre las dos opulentas familias. Para colmo de los males, el rey don Fernando de Leon, disimulando sus ideas ambiciosas bajo pretexto del agravio que había recibido en no ser nombrado para la tutela del príncipe, su sobrino, entró con un fuerte ejército por tierras de Castilla. El rey de Navarra por otro lado, entendiendo era aquella buena ocasión para recuperar sus antiguos dominios, entró con un ejército de soldados aguerridos en las campañas de Aragón y en pocos días se apoderó de Logroño, Bibriesca y otros puntos de la frontera. Con esto parecía llegado el fin de la monarquía castellana, perdida su unidad, toda dividida en bandos que se despedazaban unos á otros y sin que hubiese gefes ni soldados contra los ejércitos enemigos. En tanto el pueblo, el tan sufrido como desgraciado pueblo castellano, era el que padecía todo género de trabajos, oprimido por todo género de vejaciones y tributos, sin esperanza de mejor suerte ni de que sus opulentos señores pusiesen remedio á tantos males. Este mismo pueblo que ansiaba sacudir el yugo de sus tiranos exteriores, que estaba cansado de sus señores naturales, labró por sí mismo su felicidad viendo que de ellos no podía esperarla. Fué así que cuando perdida toda esperanza, el mismo don Manrique de Lara tuvo que hacer homenaje al rey de Leon, se concertó que el rey niño pasase también á su poder donde estubiese con las rentas reales por doce años consecutivos. Este trato para mengua de Castilla, no pudo llevarse á efecto (de lo que se alegró secretamente el de Lara) porque un hombre solo llamado Nuño de Almeyda, desbarató con su resolución todas las maquinaciones, y protegido por los ciudadanos de Avila, llamados desde entonces *los fieles*, fué causa de la pronta aclamación del príncipe en Toledo. Tomó aquel hombre tan prontas y enérgicas medidas, que halló medio de sorprender á los que desde Soria llevaban el niño á su tío, y acusándolos de traidores y de haber violado las leyes de Castilla, les intimó en nombre del pueblo que le entregasen el príncipe. Como la resistencia era inútil y los mismos guardadores desempeñaban de mal talante su comisión, fácil le fué conseguir lo que anhelaba. Tomando pues en sus brazos aquella carga preciosa y estrechándola en ellos con todo el fervor de su patriotismo, la acomodó en la delantera de su mismo caballo, encubriéndola con su capa y dispuesto á derramar toda su sangre, antes que dejársela arrebatar, partió seguido de sus valientes con dirección á San Esteban de Gormaz. Antes de volver las riendas al caballo dijo, dirigiéndose á los pocos que no habían querido seguirle. — « ¡Id al rey de Leon y decidle, que los castellanos, humillando á los altivos nobles que invaden sus derechos, sabrán también rechazar la agresión de los reyes ambiciosos que vengan á arrebatarles su mas rico tesoro. »



## III.

Los últimos rayos del sol que se hundía en el lejano horizonte, abandonaban las almenas del castillo de Huelte y sus altas ventanas guarnecidas de vidrios esmaltados. El resplandor que al través de los colores penetraba, iba á iluminar una estancia lujosa, donde se paseaba todo á lo largo un hombre solo, proyectando su sombra gigantesca en las tapicerías de la pared opuesta. Era aquel hombre de elevada estatura, miembros que indica-

ban agilidad y fortaleza, y un semblante noble, por que tenía entonces un cierto aire siniestro. A veces suspendido delante de una ventana, dirigía sus miradas á la campiña de un modo diabólico, y en todas direcciones, como quien busca un objeto, cual si meditase proyectos de venganza. De improviso agitado el aire del aposento, conmovió las tapicerías, siendo esto ocasionado por un accidente muy natural. Habiase abierto la puerta y un hombre estaba detenido en el dintel con su gorra respetuosamente en la mano. Volvióse al instante don Fernando de Castro, que era el que se paseaba, y notando quien era el que estaba en la puerta, dijo:



Puerta del Sol en Toledo.

—Adelante, Artal, mi buen escudero, ¿Qué nuevas me traes?

—Señor, es cierto lo que nos presumíamos. El rey, acompañado de los Laras, ha salido de Toledo para venir á tomar esta fortaleza. Vienen con él todos cuantos nobles se han agregado ahora á su partido, y cuantos desean medrar á costa de su flaca é inesperta edad. Dicese también, aun que no se sabe de cierto, que don Lope de Haro, señor de Vizcaya, hecho ya amigo de los Laras, vendrá con un buen tercio de su gente á servir en el ejército. Mañana á mas tardar estarán á vista de estas murallas.

—Vengan en buen hora; á mí no me aterra ese ejército naciente, ni esa turba de aduladores que acompaña al monarca.

—Subditos teneis, señor, que estamos dispuestos á aventurarlo todo por vos; las gentes de Huelte os son en extremo aficionadas y estas murallas pueden burlar el designio de vuestros enemigos, además que el rey de Leon por otra parte les dará bien que hacer, pues su ejército se dirige á marchas forzadas asolando los campos castellanos.

—Yo también tengo otros designios, dijo el de Castro, sentándose en un gran sillón de alto respaldo y bajo asiento. —Dá orden de que nadie entre, y cierra esa puerta.....

—Ahora siéntate aquí.

—¡Señor!

—Yo te lo mando. Vas á ser mi confidente y puedes sentarte á mi lado. Mas de saber, Artal, que esta guerra

civil vá á cesar, y el partido del rey será el vencedor, porque no hay partido que resista ante la voluntad del pueblo firmemente pronunciada, y el pueblo se ha declarado por don Alfonso. No me es sensible tal resultado, por qué al fin habia de subir al trono por su derecho, y poco importa sea dos años antes ó dos años despues. Lo que siento á par de muerte, es la preponderancia de mis enemigos; su engrandecimiento y su triunfo son un insuperable torcedor que me despedaza sin cesar. ¿Cuántos insultos no he sufrido de ese altivo conde, orgulloso con su poder? Por su mandato desenterraron el cadáver de mi buen tío don Gutierre, teniéndole espuesto como al de un traidor, reo de lesa magestad; por sus astucias he perdido cuantos honores y cargos disfrutaba, y por su mano y la de sus parciales han sido muertos muchos de mis deudos y favorecedores. Pienso, pues, evitar que por mi resistencia corra mas sangre de hoy en adelante, y abandonando aunque con sentimiento esta tierra, ir á poner mi brazo y mi espada á disposicion de otro príncipe que mejor sepa apreciar mis servicios. Antes de ejecutarlo tengo un deseo que satisfacer y este deseo, cual tú puedes conjeturar, es mi venganza.

—Pues bien, decid, qué debo hacer....

—Nada que sea indigno del de Castro, ni de su leal escudero. ¿Podrás tú justificar este nombre? ¿podrás resistir un bote de lanza del de Lara? porque tú eres precisamente uno de los escogidos, para que estén á mi lado al tiempo de vengar mis ofensas, y esto ha de suceder irremisiblemente en la jornada de mañana.



—Mi esfuerzo será cual conviene á los honores que me dispensais. Si no deseais otra cosa, iré á preparar mis armas que quedaron algo mal paradas en el lance de Toledo.

—No hay para que. Toma de mis espadas la que mejor te parezca y en cuanto á la armadura, has de llevar esta mía, que no cede tan pronto á los golpes enemigos.

—Está bien, mas quitaré esas plumas que están en la cimera del casco, pues son el distintivo de vuestra persona y de vuestra casa.

—Nada de eso. Es mi gusto que entres así en la pelea. Acuérdate únicamente de cuanto te empeña el llevar mi penacho y mis colores.

Ahora sal fuera y dá orden para que mañana al romper el día, todo el mundo esté pronto á salir al encuentro á los enemigos. Nunca di yo batalla encerrado entre cuatro paredes y quiero ahorrar á los contrarios el cansancio de llegar á estas murallas.

#### IV.

El ejército real de Toledo, vino á encontrarse con las tropas que habían salido de Huete, en una estensa llanura cerca de Garcinaharro. Allí se atacaron con todo el furor que caracteriza las guerras civiles y con el encono cruel de las pasiones exaltadas en todos y cada uno de los combatientes. El conde don Manrique de Lara, que dirigía las huestes del rey, era tan célebre y astuto cortesano, como esforzado guerrero. Su fuerza, su valor y su destreza en el manejo de armas, le hacían temido de la multitud que huía de su encuentro. Desde que empezó la pelea, andaba don Manrique, cubierto de su fuerte armadura y blandiendo una poderosa lanza, para animar á sus gentes, buscando con la vista á su enemigo para atacarle cuerpo á cuerpo. Al fin alcanzó á distinguirlo por los colores rojos de su penacho, entre un grupo de caballeros enemigos y entonces redobla su coraje, prorumpiendo en un grito de indignación. Su acción involuntaria le daba en aquel instante todo el aspecto de una fiera pronta á arrojarle sobre su presa. Brotando fuego por los ojos, hinca las espuelas á el caballo y lanza en ristre parte contra la cuadrilla enemiga. El jinete del penacho, viendo venir al conde no se desalentó en lo mas mínimo, antes le esperó valientemente, pero ni pudo sostener la pujanza de el de Lara, ni las bien templadas armas de su señor pudieron preservarle de un golpe funesto. El desgraciado Artal fué á dar sin vida en el suelo, traspasado de parte á parte por un buen bote de lanza. Apenas el fogoso don Manrique vió á su enemigo revolcándose en su sangre, gritó lleno de arrogancia:

—¡Victoria! Muerto está el de Castro.

—¡Mentiste, conde!

Así le contestó enérgicamente otro caballero con armadura sencilla y enteramente negra, el que adelantán-

dose hacia los de Lara que ya celebraban con gritos su victoria, levantó la visera de su celada dejando reconocer su rostro á su atónito rival. En aquellas odiadas facciones reconoció prontamente don Manrique las de su mortal enemigo don Fernando Ruiz de Castro, el mismo á quien creía muerto á sus pies. Viendo burlada su venganza se acrecentó grandemente su cólera y á pesar de la sorpresa que no pudo menos de causarle la estratagema de su enemigo, á pesar del cansancio de su brazo por el golpe furibundo que acababa de dar al escudero, tira de la espada y ciego de furor se arroja sobre don Fernando que con la suya levantada en alto se aprestaba á recibirle. Sin que los dos rivales llegáran á herirse, alcanzó al conde don Manrique una estocada mortal que le tiró uno de los caballeros que acompañaban al de Castro, y sin ser dueño de si cayó del caballo sin satisfacer su venganza. Antes de que sus ojos se cerrasen para siempre, volvió su moribundo rostro hacia don Fernando y le dijo con acento de indefinible desprecio:

—¡Artero, artero; pero no buen caballero!

Así que las tropas reales vieron tendido por tierra á su capitán, empezaron á desfallecer y los contrarios supieron aprovecharse bien de esta circunstancia. Dentro de breves instantes el aspecto de la batalla había cambiado enteramente: en todo el campo resonaban las voces de «Victoria por el de Castro,» mientras que este magnate y sus constantes partidarios acuchillan sin piedad á los contrarios que no se acogen á la huida.

La jornada de Garcinaharro, aunque por el pronto debilitó el bando de los fieles al monarca, no pudo retardar su triunfo decisivo. Por otra parte, los consejeros del joven rey don Alfonso, que tan penetrados estaban de la verdadera situación del reino, no le incitaron á proceder severa y prontamente contra los revoltosos, dejando que el tiempo y los desengaños los redujesen á su obediencia. Mas funestas todavía fueron las consecuencias de esta batalla para las dos familias de los Castros y los Laras en las que se acrecentó la enemistad, si es que era susceptible de aumento el odio inveterado que se tenían. Don Nuño, hermano de don Manrique, envió al de Castro un cartel retándole como traidor y alevoso por la muerte de su hermano, y aunque don Fernando aceptó el desafío, este no llegó á verificarse por la mediación de personas prudentes deseosas de cortar las particulares rencillas que se oponían al bien comun del reino. No tuvieron todas ellas dicho término, hasta que las cortes generales del reino, congregadas en Burgos en 1170, declararon al príncipe mayor de edad, poniéndole en posesión legal de su soberanía, y terminando con gozo universal tan larga serie de desdichas, declararon guerra á muerte á quien osase contradecir la voluntad nacional tan solemnemente manifestada.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.





## ESTUDIOS HISTORICOS.

## EL ISLAMISMO.

ARTICULO II.

## EL ALCORAN.



¿Cuál es el código religioso y moral de los orientales? el Alcoran. ¿Cuál el civil y criminal? el mismo Alcoran; de manera que en este libro hallanse los preceptos de moral y las prescripciones civiles; si se infrigen unos u otras, se peca igualmente contra la religion y la sociedad; y el Alcoran, al señalar el crimen, indica tambien su castigo. Dando el Alcoran como venido del cielo, consolidó Mahoma

los cimientos del imperio que fundaba; porque, en efecto, pareciendo obra de solo Dios el código religioso y civil de los árabes, y de ninguna manera obra de hombres, quedaron sagrados para ellos así su contenido como su verdadero autor. En esta parte ya habian proclamado la intervencion de Dios, en las cosas terrestres todos los antiguos legisladores, que, al obligar á los hombres á observar escrupulosamente las leyes, quisieron que lo hiciesen tanto por un motivo de conciencia como por el temor del castigo.

La palabra *Coran* significa *Escritura* y con la partícula *al*, la *Escritura*, bien que, ateniéndonos al uso añadimos nosotros el artículo que deberíamos suprimir, diciendo: *el Alcoran*. No tienen los orientales mas leyes escritas que este, y el *Sunna* que es su complemento: el primero es la coleccion de los capítulos que Mahoma dió sucesivamente al pueblo árabe; y el segundo la relacion de las principales acciones del Profeta, ordenadas y recogidas por los que las presenciaron, esto es, por sus discípulos.

Dividese el Alcoran en ciento y catorce capítulos, que los árabes llaman *sowars*; y para que no puedan jamás falsearse ni alterarse, están contadas no solo las líneas, que se denominan versículos, sino tambien las letras; de manera, que como todo buen musulman debe saber exactamente su número, es imposible añadir ni quitar una sola palabra. Todos los capítulos llevan títulos que no anuncian las materias que en ellos se tratan, y son:

- |                                 |                                   |
|---------------------------------|-----------------------------------|
| Cap. 1. La Introduccion.        | — 11. Houd. La paz sea con él.    |
| — 2. La Vaca.                   | — 12. José. La paz sea con él.    |
| — 3. La familia de Amram.       | — 13. El Trueno.                  |
| — 4. Las Mujeres.               | — 14. Abraham. La paz sea con él. |
| — 5. La Mesa.                   | — 15. Hegr.                       |
| — 6. Los Rebaños.               | — 16. Las Abejas.                 |
| — 7. Elaraf.                    | — 17. El viaje nocturno.          |
| — 8. El Botin.                  | — 18. La Caverna.                 |
| — 9. La Conversion.             |                                   |
| — 10. Jonás. La paz sea con él. |                                   |

- |   |  |
|---|--|
| — 19. Maria. La paz sea con ella.         | — 68. La Pluma.                            |
| — 20. T. H.                               | — 69. El dia inevitable.                   |
| — 21. Los Profetas. La paz sea con ellos. | — 70. Los preceptos.                       |
| — 22. La Peregrinacion.                   | — 71. Noé. La paz sea con él.              |
| — 23. Los Fieles.                         | — 72. Los Génios.                          |
| — 24. La Luz.                             | — 73. El Profeta revestido de sus hábitos. |
| — 25. El Coran.                           | — 74. La Capa.                             |
| — 26. Los Poetas.                         | — 75. La Resurreccion.                     |
| — 27. La Hormiga.                         | — 76. El Hombre.                           |
| — 28. La Historia.                        | — 77. Los Mensajeros.                      |
| — 29. La Araña.                           | — 78. La Gran Noticia.                     |
| — 30. Los Griegos.                        | — 79. Los Ministros de la venganza.        |
| — 31. Locman.                             | — 80. La Frente severa.                    |
| — 32. La Adoracion.                       | — 81. Las Tinieblas.                       |
| — 33. Los Conjurados.                     | — 82. El Rompimiento.                      |
| — 34. Sabá.                               | — 83. La Medida injusta.                   |
| — 35. Los Angeles.                        | — 84. La Abertura.                         |
| — 36. J. S.                               | — 85. Los Signos celestes.                 |
| — 37. Los Ordenes.                        | — 86. El Astro Nocturno.                   |
| — 38. S.                                  | — 87. El Altísimo.                         |
| — 39. Las Tropas.                         | — 88. El Velo tenebroso.                   |
| — 40. El Creyente.                        | — 89. La Aurora.                           |
| — 41. La Explicacion.                     | — 90. La Ciudad.                           |
| — 42. El Consejo.                         | — 91. El Sol.                              |
| — 43. El Adorno.                          | — 92. La Noche.                            |
| — 44. El Humo.                            | — 93. El Sol en lo mas alto de su curso.   |
| — 45. La Genuflexion.                     | — 94. La Dilatacion.                       |
| — 46. Hacaf.                              | — 95. La Higuera.                          |
| — 47. El Combate.                         | — 96. La Union de los sexos.               |
| — 48. La Victoria.                        | — 97. La Noche célebre.                    |
| — 49. El Santuario.                       | — 98. La Evidencia.                        |
| — 50. K.                                  | — 99. El Terremoto.                        |
| — 51. El Sopro de los vivos.              | — 100. Los Corceles.                       |
| — 52. La Montaña.                         | — 101. El Dia de las Calamidades.          |
| — 53. La Estrella.                        | — 102. La Concupiscencia.                  |
| — 54. La luna.                            | — 103. La Tarde.                           |
| — 55. El Misericordioso.                  | — 104. El Calumniador.                     |
| — 56. El Juicio.                          | — 105. El Elefante.                        |
| — 57. El Hierro.                          | — 106. Los Coreistas.                      |
| — 58. El Lamento.                         | — 107. La Mano caritativa.                 |
| — 59. La Asamblea.                        | — 108. El Kautser.                         |
| — 60. La Prueba.                          | — 109. Los Infieles.                       |
| — 61. La Orden.                           | — 110. El Socorro.                         |
| — 62. El Viernes.                         | — 111. Abou-Jahab.                         |
| — 63. Los Impios.                         | — 112. La Unidad.                          |
| — 64. La Bellaqueria.                     | — 113. El Dios de la mañana.               |
| — 65. El Repudio.                         | — 114. Los Hombres.                        |
| — 66. La defensa.                         |  |
| — 67. El Reino.                           |  |

Publicóse el Alcoran en veinte y tres años, parte en la Meca, parte en Medina, y segun necesitaba el legislador de hacer hablar al cielo; y escribiéronse los versículos en hojas de palma y en pergamino, que se encerraban confusamente en un cofre. Muerto Mahoma, recogióles Abou-Bekr en un volumen, pero con tanto desorden, que el postrer capítulo que habia el Profeta hecho bajar del cielo es el noveno de la coleccion de Abou-Bekr, al paso que se hallan al principio del capítulo noventa y seis los versículos, que fueron los primeros que se reve-



laron á Mahoma. Semejante desórden ha producido en el Alcoran una confusion, que á menudo degrada su mérito; y este es el motivo que nos decide á no escoger mas que los trozos de los *sowars* mas notables, así por la forma como por el concepto.

**Cap. 2.º** «No hay que dudar acerca de este libro; es la regla de los que temen al Señor, de los que creen en las verdades sublimes, oran y derraman en el seno de los pobres una porcion de los bienes que les dimos; de los que creen en la doctrina que te enviamos del cielo y tienen profundamente grabada la creencia de la vida futura. El Señor será su guía, y la felicidad su recompensa. Los infieles, ora les prediques ó no el islamismo, persistirán en su ceguedad; Dios ha estampado su sello sobre sus corazones; sus oídos y ojos están cubiertos con un velo, y destinados están á sufrir el rigor de los tormentos. Cuando se les dice: No os corrompáis sobre la tierra, responden: Muy egemplar es nuestra vida. Son corruptores, y no lo echan de ver. Cuando se les dice: Creed en lo que los hombres creen, responden: ¿Hemos de seguir la creencia de los insensatos? ¿Y acaso no son ellos los insensatos y lo ignoran? ¡Oh mortales! adorad al Señor, que os crió á vosotros y á vuestros padres, que os dió por cama la tierra, y el cielo por techo, que hace descender la lluvia de los cielos para producir todos los frutos de que os alimentáis. Si dudáis del libro que hemos enviado á nuestro siervo, presentad un capítulo como los que contiene; y si sois sinceros, atreveos á apelar á otros testimonios sino á Dios. Si no lo habeis podido hacer, jamás lo hareis. Temed, pues, el fuego, que se alimentará de infieles. Anunciad á los que creen y hacen bien que habitarán en los jardines donde manan los ríos. Allí encontrarán mugeres purificadas, vírgenes de ojos negros. Aquella morada será su mansion eterna. Los creyentes saben que la palabra de Dios es la verdad; y sin embargo dicen los infieles: ¿Porqué propone parábolas el Señor? De esta manera estravía á los unos y dirige á los otros. Pero no estravía sino á los impíos. Habiéndoles Dios enviado el Alcoran, y, despues de recibir este libro que les está profetizado, no han querido creerlo: pero el Señor los ha herido con su maldicion. Han vendido miserablemente su alma por no creer en aquel que el cielo les envia; prepáraseles ignominioso suplicio. Diles: ¿Quién se declara enemigo de Gabriel? El es quien, por la permission de Dios, depositó sobre tu corazon el Alcoran, para que confirmase los libros sagrados que antes que él vinieran, para que fuese la regla de la fe y llenase de gozo á los fieles. Hémoste enviado señales bien manifiestas: solo los perversos se niegan á su evidencia. Cuando hacen un pacto con Dios, una parte de ellos lo desecha. La mayor parte no tienen fé.—Los judíos y los cristianos se envanece de que solo ellos entran en el paraíso. Tales son sus deseos. Diles: Presentad pruebas, si habláis verdad. Todo el que dirija su rostro al Señor, ore y dé limosna, éste tendrá su recompensa ante él y será exento de los tormentos. Aquellos, á quienes hemos dado el Alcoran y que leen su doctrina verdadera, estos tienen la fe; los que en ella no crean, son del mismo número de los réprobos. Os hemos enviado un apóstol de vuestra nacion para predicaros nuestras maravillas, purificaros y enseñaros el libro de la sabiduría, y lo que ignorais. Dadme gracias: no seais desagradecidos. ¡Oh creyentes! implorad el socorro del cielo por medio de la oracion y de la perseverancia. Dios está con los pacientes. No digais que han muerto los que perecen bajo el estandarte de la ley; al contrario, viven; pero vosotros no lo comprendéis. Vuestro Dios es el Dios único. La misericordia es su herencia. La creacion de los cielos y de la tierra, la sucesion del dia y de la noche, la nave que hiende las olas en bien de los humanos, la lluvia que desciende de las nubes, los animales que cubren la haz de la tierra, la vicisitud de los vientos y de los nubla-

dos que se columpian entre el cielo y la tierra, señales son del poder del Altísimo.—Cuando uno insta á los infieles á que abracen la doctrina que Dios ha revelado, responden: Nosotros seguimos el culto de nuestros padres. ¿Por ventura deben seguirlo si sus padres anduvieron en la noche de la ignorancia y del error? Semejantes son los incrédulos al que oye los sonos de la voz sin entender nada. Sordos, mudos y ciegos, carecen de inteligencia. Para justificarse, no basta dirigir el rostro á Oriente y Occidente; menester es, por el amor de Dios, socorrer á los parientes, huérfanos, pobres, viageros, cautivos, y á todos los que piden; es preciso orar, cumplir las promesas, soportar con resignacion la adversidad y los males de la guerra.»

**Cap. 3.º** «No hay otro Dios que el Dios viviente y eterno. El es quien te ha enviado el libro. De los versículos que lo forman, unos contienen principios evidentes, otros son alegóricos. Los inclinados al error, dedicándose solo á estos, y queriendo interpretarlos, producirán un cisma. Solo Dios tiene su explicacion. Mas los hombres consumados en la ciencia dirán: Nosotros creemos en el Alcoran; cuanto contiene viene de Dios. Lenguage de sábios es este. ¿Qué de mas agradable puedo anunciar á los que tienen piedad que jardines regados por los ríos, una vida eterna, esposas purificadas, y la beneficencia del Eterno, que tiene abierto el ojo sobre sus siervos? Tal será la herencia de los que desde la mañana han implorado la misericordia divina. La religion de Dios es el islamismo. Todo el que profese otro culto ningun fruto sacará de él, y será contado entre los réprobos. Dios no guía á los perversos; su recompensa será la maldicion de Dios, de los ángeles y de los hombres. Algunos hay que dicen: Nosotros hemos jurado á Dios de no creer á ningun profeta, á no ser que presente una ofrenda que el fuego del cielo consuma. Respondeles: Antes que yo viniera ya teniais profetas; ¿hicieron milagros, y tambien éste de que habláis. ¿Por qué tenisteis en su sangre vuestras manos? Si niegan tu mision, lo mismo hicieron con los profetas que te han precedido, á pesar de que poseian el don de hacer milagros.»

**Cap. 4.º** «A los fieles que practiquen la virtud ha prometido Dios la entrada en los jardines por donde corren los ríos. Allí habitarán para siempre. Las promesas del Señor son verdaderas. Los que habrán ejercido la beneficencia y profesado el islamismo entrarán en el paraíso y no serán engañados. ¿Qué religion hay mas santa que el islamismo? ¿qué cosa mas grata al Señor que dirigir á él la frente, y hacer bien? Dios es el soberano de los cielos y de la tierra. El ha predicho en el Alcoran que cuando se explicará su doctrina, la mayor parte no la creerán y se burlarán de ella. No os sentéis junto con los que tal conducta observaren: Tratándolos, llegareis á ser semejantes á ellos; y Dios reunirá en el infierno al impio y al infiel.»

**Cap. 5.º** En este capítulo, encarga Mahoma á sus secretarios que huyan la compañía de judíos y cristianos. «Hacen escarnio de vuestro culto, esclama. No os unais con los que se mofan de la oracion á que se les invita. Están en la ignorancia.—Los judíos incrédulos han sido maldecidos por boca de David y de Jesus, hijo de Maria; rebeldes é impíos, no se cuidarian de abandonar la senda del crimen. ¡Ay de las maldades de que son culpables! La mayor parte están pervertidos.—¡Oh creyentes! el vino, los juegos de suerte, las estatuas y la muerte de las flechas son una abominacion inventada por Satanás: absteneos de ella, si no quereis pervertiros.» Este último versículo ha dado margen á frecuentes interpretaciones.

**Cap. 6.º** Continúa el Eterno hablando á Mahoma: «Aun cuando te hubiésemos enviado un libro escrito, los infieles, tocándolo con sus propias manos, esclamarán:



Es una impostura. Si no viene un ángel, dicen, á acompañar al profeta, no lo creeremos. Pero aunque Dios hiciese descender uno del cielo, permanecerían incrédulos. Cierta es su perdición. Sabemos cuanto te afligen sus discursos. No te acusan de impostor, pero los impíos niegan la doctrina divina. También fueron acusados de embusteros los profetas que te han precedido; y sufrieron con resignación la injusticia de los hombres hasta que fuimos á socorrerles, porque la palabra de Dios es infalible. Ya sabes su historia. Los idolatras llevarán la carga de sus crímenes: terrible carga!—Green los musulmanes que al salir un infiel de la tumba, el mal que haya hecho en vida se ofrecerá á sus ojos bajo una forma horrible, y su espantoso rostro y apestado aliento irán acompañados con palabras injuriosas. Aterrado con su presencia, dirá el infiel: «¿Como te llamas?—Soy el mal que tú me has hecho, le contestará el monstruo. En el mundo yo te llevaba; ahora te toca llevarme. Y al punto le saltará sobre los hombros.»

En seguida habla Mahoma con los árabes: «¿Qué cosa mas impia, esclama, que hacer á Dios cómplice de la mentira? ¿qué cosa mas impia que atribuirse revelaciones que jamás han existido? y decir: Yo haré que baje del cielo un libro semejante al Alcoran, este libro enviado por Dios. Mirad á los perversos en la agonía de la muerte, cuando el ángel, estendiendo sobre ellos su brazo, pronunciará estas palabras: Volvedme vuestras almas! hoy sufriréis un suplicio ignominioso, digno premio de vuestras blasfemias!—Dios separa el grano de la espiga, el hueso del dátil, y la aurora de las tinieblas; de la vida hace salir la muerte, y de la muerte la vida; él hizo la noche para el reposo. El es quien puso los astros en el firmamento para guiarnos por entre la oscuridad, sobre la tierra y sobre los mares. El sabio en todo el universo ve el sello de su poder. El es quien hace descender la lluvia para fecundar las plantas, quien cubre de verdor el suelo, quien hace crecer las palmas, con sus racimos de frutos; á él debéis esas vides, esos olivos, esos gra-



Capilla del Serrallo en Constantinopla.

nados que enriquecen vuestros huertos. Considerad el nacimiento y la madurez de los frutos, y si teneis fé, en ellos reconoceréis el poder del Altísimo. ¿Por ventura pueden los impíos darle por iguales dioses que nada crean, que han sido creados, y que son tan incapaces de ayudar á los demás como de ayudarse á sí mismos? Llamadlos al camino de la salvación, y no os seguirán. Orad á ellos, y oigan vuestras súplicas, si es verdadero vuestro culto. ¿Tienen acaso pies para andar, manos para asir, ojos para ver y oídos para oír? No creáis que yo los tema. Es

mi protector quien hizo descender el Alcoran. El protege los justos! Los ídolos á quienes ofreceis vuestro incienso no pueden socorreros, ni podrían socorrerse á sí mismos! Es verdad que veis que sus ojos os miran, pero no os ven.»

Los capítulos 8 y 9 del Alcoran proclaman la necesidad de la venganza: «El incrédulo, que no quiera creer en el islamismo, es mas abyecto á los ojos del Eterno que el bruto. Los que violan el pacto que contigo contra- jeron no temen al Señor. Si la suerte de las armas los



pusiere en tus manos, aterra con su suplicio á sus secuaces para que escarmienten. Trátalos conforme á sus obras; porque Dios aborrece á los mentirosos. Unid vuestros esfuerzos, reunid vuestros caballos, para lanzar el terror en el corazón de los enemigos de Dios, que son los vuestros. ¡Oh Profeta! la protección de Dios es un asilo suficiente para tí y los fieles, anima á los creyentes para el combate; veinte de ellos destrozarán doscientos infieles; ciento ahuyentarán mil, porque los idólatras no tienen fe: Dios es sabio y prudente.

Cap. 10. «Cuando les explicamos el islamismo, dicen los incrédulos: Traenos otro Alcoran, ó cambia éste. Respóndeles: «Nada puedo cambiar; yo no escribo mas que lo que me es revelado. Si desobedeciese á Dios, amenazarame el suplicio del gran día. Diles: A quererlo Dios, no os hubiese yo leído sus preceptos, ni os los enseñaría. ¿Por ventura no he vivido muchos años entre vosotros? Los impíos no medrarán. Ellos rinden honores divinos á ídolos que ni pueden socorrerlos ni dañarlos, y dicen: He aquí nuestros protectores cerca de Dios. ¡Anatemá contra sus dioses quiméricos! El Alcoran es la obra de Dios; confirma la verdad de las escrituras que le preceden, y las interpreta á no dudarlo. El Soberano de los mundos lo hizo descender de los cielos. ¿Acaso diréis que Mahoma es su autor? Respondedles: Traedme un capítulo semejante á los que contiene, y llamad en vuestro auxilio cualquier otro menos Dios, si habláis verdad. (Ya había Mahoma propuesto este desafío, que repite frecuentemente en el Alcoran.) Acusan de falso un libro, cuya doctrina no comprenden y cuyo cumplimiento han podido ver. El Señor conoce los hombres corrompidos. Si te acusan de mentiroso, diles: Mis obras me abonan. Hablen las vuestras en vuestro favor. No seréis responsables de lo que hago, y yo soy inocente de lo que haceis. Algunos hay que escucharán tu doctrina; ¿pero puedes acaso hacer que oigan los sordos? ¿carecen de entendimiento? Otros fijarán en tí sus miradas; ¿pero puedes tú alumbrar á los ciegos? ¿cerrados están á la luz sus ojos!»

A pesar de las sectas que cuenta la religion mahometana, el cisma versa tan solo sobre puntos de la fé muy poco importantes, pues el Alcoran, código civil y sagrado, es venerado igualmente por todos los musulmanes. He aquí los principales puntos de las disidencias que se han suscitado entre los discípulos del Profeta, y producido el cisma de los persas, que es el mas notable:

1.º Estos reconocen á Ali, yerno de Mahoma, por legítimo sucesor inmediato del Profeta; y no quieren admitir como tales á Abou-Bekr, á Omar y á Ottoman, que le sucedieron antes que Ali.

2.º Los persas no admiten el *Sunna*, libro de las tradiciones que explica las acciones y palabras del Profeta, porque aquel libro designa como los tres primeros sucesores de Mahoma á Abou-Bekr, á Omar y á Ottoman; y los turcos, al contrario, consideran el *Sunna* como la obra mas sagrada después del Alcoran.

3.º En fin, el tercer punto del cisma concierne al libro de la ley; no que ninguna secta ponga en duda una sola de sus líneas, sino porque motivó la cuestion teológica de si era creado ó increado.

Cuando el califato de Almanon y de sus sucesores, ya varios teólogos mahometanos habian promovido esa cuestion con discusiones interminables y estremadamente sutiles; y la mayor parte estuvieron por la creacion del Alcoran; mas como á poco persiguieron la creencia contraria, formáronse dos sectas, que con el hierro y el fuego respondieron á los argumentos que no podia la razon soltar. Llevado ante el califa Almanon, un teólogo *sunnita* le recordó que varias veces y bajo juramento habia afirmado Mahoma que no compuso él el Alcoran, sino que los capítulos fueron descendiendo del cielo, uno á uno, conforme los habia ido anunciando al pueblo. Así pues, decia el doctor, ya que estos escritos han salido de la

mano de Dios, deben ser eternos como Dios. No sabia que responder el califa, que no se atrevia á negar la autoridad y cita de Mahoma; bien que, como mejor se servia del sable que del ingenio, zanjó la cuestion de una vez cortando la cabeza á su adversario. La persecucion como siempre sucede, aumentó el numero de los prosélitos, y adoptándose despues la opinion del Alcoran increado por todos los persas que forman la secta de los *Shúitas*, pretendieron que ya habia sido del mismo dictamen Ali, el yerno y discípulo de Mahoma. Por esto los turcos los tienen por cismáticos y hereges, y les profesan mayor aversion que á los pueblos cristianos.

Continuemos empero las citas de los principales pasajes del Alcoran:

Cap. 18. «Lee el Alcoran que Dios te ha revelado. Su doctrina es inmutable. No hay abrigo contra el Altísimo. Sé asiduo con los que le invocan de día y de noche, é imploran su gracia; no apartes de ellos los ojos para darte á los goces de la vida mundana; no seas tú aquel cuyo corazón nos ha olvidado, y que no reconoce otro guía que sus deseos y sus pasiones. Dí: La verdad viene de Dios. El hombre libre es de creer ó de persistir en la incredulidad. Hemos encendido hogueras para los malos, á quienes rodeará un torbellino de llama y de humo. Y si pidieren alguna mitigacion, se les ofrecerá agua que les abrasará la boca como bronce derretido. Ellos tragarán esta espantosa bebida, y serán tendidos sobre un lecho de dolor. El creyente virtuoso no verá morir el bien que hubiere hecho; dueño de los jardines del Eden, donde fluyen los rios, engalanado con brazaletes de oro, vestido con ropas verdes tegidas de seda, y radiante de gloria, reposará en el lecho nupcial, dichoso premio de la mansion de las delicias.»

Cap. 21. «El que leerá este capítulo, dice Mahoma, juzgado será con dulzura el día de la resurreccion; y los profetas mencionados en el Alcoran le tenderán la mano y le saludarán. «Se acerca el tiempo en que los hombres darán cuenta; y ellos, descuidados, se olvidan de este pensamiento. Solo para mofarse escucharon la lectura del Alcoran. Dado su corazón á los placeres, se han dicho en secreto los impíos: ¿Por ventura Mahoma no es un hombre como nosotros? ¿Y escucharemos á un impostor? Dí: Dios sabe lo que pasa en el cielo y en la tierra; todo lo sabe y lo oye. Este libro, añaden ellos, no es mas que una confusa porcion de fabulas, que él ha inventado y puesto en verso; ¿por qué no nos hace milagros como los demás profetas? Ninguna de las ciudades que hemos destruido ha abrazado la fé. Ellos no creerán. Antes que á tí, hemos enviado hombres inspirados, á quienes no dimos un cuerpo fantástico; no habitaron por siempre en la tierra; vieron cumplidas nuestras promesas; les salvamos junto con nuestros elegidos, y los incrédulos perecieron. Os hemos enviado un libro para instruiros. ¿Acaso no abriéis los ojos?»

Cap. 22. «El Alcoran es el depósito de la verdadera religion, pero el Señor ilumina á los que quiere. El día de la resurreccion juzgará á los creyentes, á los judíos, á los sabeos, á los cristianos, á los magos y á los idólatras, porque él ve todas las cosas. ¿No ves que el sol, la luna, las estrellas, los árboles, los animales y los hombres adoran al Señor? pero muchos mortales están destinados á los suplicios. Aquel á quien Dios desprecia, cubierto será de infamia. El hace lo que quiere. Los creyentes y los incrédulos disputan de Dios; pero los incrédulos tendrán vestidos de fuego, y sobre su cabeza se les echará agua hirviendo que devorará su pellejo y sus entrañas. Serán azotados con palos armados con hierro. Cada vez que el dolor les hiciere salir frenéticos de las llamas, se les volverá á ellas y se les dirá: Catad, catad la pena del fuego. Si te acusan de impostura, recuerda que tambien así trataron á sus profetas los pueblos de Noé, de Abraham, de Loth, y de



Madian. ¿Acaso á Moisés no se le acusó de embustero? He dejado vivir á los perversos por algun tiempo; despues los he castigado, y mis castigos han sido terribles. Cuando se recitan los versículos del Alcoran, vése pintada la indignacion en la frente de los infieles, que están á punto de lanzarse sobre el lector. Di: ¿Os anunciaré algo mas amenazante aun? el fuego del infierno es lo que Dios ha prometido á los incrédulos. ¡Ay de los que sean precipitados en él! ¡Oh idólatras! ¡escuchad esta parábola! Los dioses, á quienes servís son incapaces de crear una mosca; en vano reunirían sus esfuerzos; y si ese pequeño insecto arrebatara una partícula de lo que les ofreci, no pueden recobrarla. El adorador y el idolo son igualmente impotentes.»

Cap. 25. «En vez de abrir los ojos, los impíos repiten lo que han dicho sus padres. Preguntadles: ¿Quién es el soberano de los siete cielos, y del trono sublime? Es Dios, responden ellos; ¿y no le temen? Preguntadles: ¿Quién tiene las riendas del universo? ¿quién es aquel que protege y no es protegido? ¿lo sabéis? Dios, responden ellos. Vuestros ojos, pues, siempre estarán cerrados á la luz! Les hemos traído la verdad, y persisten en la mentira. Dios no tiene hijos; ni parte el imperio con otro Dios. Si así fuese, cada uno de ellos querría apropiarse su creacion y elevarse sobre un rival. ¡Loo al Altísimo! ¡lejos de él esas blasfemias! su ojo ahonda en la sombra del misterio! todo lo vé. ¡Anatema á los idolos! Di: Señor, házme ver los tormentos que les preparas; no me confundas con los perversos.»

Cap. 24. «Las obras del infiel se parecen al vapor que se eleva en el desierto; el viagero sediento corre á él por agua, y cuando se le acerca, desaparece la ilusion. Dios castigará á los perversos segun su merecido; porque es exacto en sus cuentas. Las obras del infiel tambien son semejantes á las tinieblas que yacen en los abismos del mar, cubiertas de olas hacinadas y de la oscuridad de las nubes, tinieblas tan espesas, que el hombre que allí se hundiese apenas veria su propio brazo. Aquel á quien á Dios niega la verdadera luz, ciertamente ciegos es.»

Cap. 23. «¿Quién es ese apóstol? dicen ellos; bebe y come lo mismo que nosotros; y se pasea en medio de las plazas públicas. ¿Acaso ha bajado del cielo un ángel para inspirarle? ¿nos ha enseñado algun tesoro? ha producido un huerto adornado de frutos? hemos de seguir á un impostor engañado por encantos? Mira á qué te comparan! están ciegos. Bendito sea aquel que puede darte bienes mas preciosos, jardines regados por rios, adornados con palacios magníficos, y con deliciosos apartamientos para dormir el mediodía!»

Cap. 27. «Dicen los infieles: Cuando la tumba haya reunido nuestras cenizas con las de nuestros padres, ¿es posible que otra vez volvamos á la vida? Esta promesa con que se nos halaga, y con que se entretuvo á nuestros padres, no es mas que una fabula de la antigüedad. ¡Oh! impíos! Cuando se pronuncie el fallo de su perdicion, haremos salir de la tierra un monstruo horrible que sin cesar les atormentará.»

Este monstruo, que cada comentador del Alcoran ha pintado á su antojo, tendrá cincuenta codos de largo, crines, plumas y dos alas, y correrá con velocidad prodigiosa. Un escritor árabe lo describe con cabeza de buey, ojos de cerdo, orejas de elefante, astas de ciervo, cuello de avestruz, pecho de leon, el centro del cuerpo de gato, y los pies de camello. Saldrá de la gran mezquita de la Meca.

Cap. 29. «Antes del Alcoran, tú no habias leído libro alguno. No es escrito por tu mano; lo caracterizan señales muy marcadas, que están grabadas en el corazon de los que poseen la sabiduría. Solo los malos niegan su evidencia. No quieren, dicen ellos, creerlo hasta que les autoricen á ello algunos milagros. Respóndeles: Los milagros están en la mano de Dios, y yo solo de la predi-

cacion estoy encargado. El testimonio de Dios me basta contra vosotros. Los que creen en vanos simulacros y niegan el islamismo, perecerán. Te desafían á que apresures el efecto de tus amenazas. Si no estuviere prefijado el instante de la venganza, ya hubieran recibido su castigo; pero ella les asaltará cuando menos la esperen. El infierno rodea á los infieles.»

Cap. 33. Son muy curiosos algunos párrafos de este capítulo: «¡Oh profeta! dice el Señor á Mahoma, licito te es desposarte con las mugeres que hubieres dotado, con las cautivas que he hecho caer en tu poder, con las hijas de tus tíos y de tus tías que huyeron contigo, y con toda muger fiel que te entregare su corazon. Te concedemos este privilegio. Sabemos cuales son las leyes del matrimonio que establecimos para los creyentes; y no temas hacerte culpable usando de tus derechos. Dios es indulgente y misericordioso. Tú puedes recibir la muger que habias desechado, á fin de restituir la alegría al corazon donde reinaba la tristeza. Tu voluntad será su ley. No puedes aumentar el número de tus esposas (Mahoma tenia entonces nueve), ni podrás cambiarlas por otras cuya hermosura te enamore; pero siempre te es lícita la comunicacion con tus mugeres esclavas. Dios todo lo observa; es sábio y vigilante. ¡Oh creyentes! no entreis sin su permiso en la casa del Profeta, excepto cuando os convidare á su mesa! Salid de ella separadamente tras la comida; y no prolonguéis vuestras visitas, porque le ofenderiais. El se sonrojaria de deciroslo, pero Dios no se sonroja de la verdad. Si algo teneis que preguntar á sus mugeres, hacedlo á través de un velo; así vuestros corazones, y los de ellas se mantendrán en la pureza. Cuidad de no ofender al ministro del Señor. ¡Oh Profeta! manda á tus esposas, á tus hijas y á las mugeres de los creyentes, que se cubran el rostro con un velo, el cual será la señal de su virtud, y el freno de las hablillas del vulgo. Dios es indulgente y misericordioso.»

Cap. 35. «Preguntad á los idólatras: ¿Qué pensais de vuestros dioses? Enseñadme lo que han creado sobre la tierra. ¿Parten con el Todopoderoso el imperio de los cielos? ¿les hemos dado acaso un libro en que puedan fundar su culto? Ellos, esos impíos, prometido han á Dios con los mas solemnes juramentos, que si les enviaba un apóstol, seguirían gustosos y solícitos su doctrina. El apóstol ha parecido, y ellos han cobrado mayor aversion á la fé. ¿Qué esperan sino la suerte de sus predecesores? porque los decretos de Dios son inmutables. ¿Acaso no han visto cuál fué el fin deplorable de los pueblos, que antes que ellos anduvieron por las sendas de la iniquidad? eran mas fuertes y mas poderosos que ellos ahora. Mas nada puede oponerse á las voluntades del Altísimo.»

El capítulo 36 es el que los árabes rezan en los entierros, y acompañan grandes recompensas á su lectura. Cuando se lee al lado de un moribundo, á cada letra que se pronuncia bajan del cielo diez ángeles, que rodean el lecho y oran fervorosamente. Si el enfermo muere, ellos asisten á las abluciones de su cadáver, y siguen silenciosamente el cortejo funeral. El ángel de la muerte respecta al fiel que leyó este capítulo antes de espirar; no puede apoderarse de su alma sino despues que el custodio del paraíso los ha vivificado con ella, ya no necesita bañarse en la piscina de los profetas para entrar en la mansion de las delicias.

Cap. 37. «Los verdaderos siervos de Dios tendrán un alimento escogido, frutas exquisitas, y se les servirá con honor; comerán esas frutas para su recreo y no para conservar la salud; dotados de cuerpos inmortales, ninguna necesidad tendrán de preservativos contra las enfermedades. Habitarán en los jardines del placer; llenos de mútua benevolencia, reposarán en el lecho nupcial. Se les ofrecerán copas llenas de agua límpida y de un sabor delicioso. A su lado habrá vírgenes intactas, bajos modestamente sus hermosos ojos.»



Cap. 41. «No escuchéis la lectura del Alcoran, dicen los infieles; haced por sepultarlo en el olvido. Los tormentos castigarán su incredulidad. Les devolveremos el mal que han hecho; llamas eternas serán el premio de los enemigos de Dios que negaron la verdad de su religion. No menos se cebará en ti la calumnia que se cebó en los profetas que te han precedido. Si hubiésemos escrito el Alcoran en un idioma extranjero, hubiesen clamado los impíos: ¿Porqué no está escrito en nuestro idioma? Pregúntales: ¿Es acaso bárbaro su estilo? es árabe su autor? Los incrédulos tienen un peso en los oídos, no te oirán. Una nube cubre sus ojos; no te verán.»

Cap. 43. «Lo juro por el libro de la instruccion. Lo hemos enviado en árabe para que lo comprendierais; y conservamos el original en el cielo. ¿Porqué sois prevaricadores os hemos de privar de la instruccion divina? ¿Cuántos profetas han anunciado nuestras leyes á los pueblos! y ninguno se libró de las burlas de estos. Pretenden los infieles que los ángeles, esos siervos de Dios, son doncellas. ¿Asistieron ellos por ventura á su creacion? Añadir: «Si Dios lo hubiese querido, nosotros no los hubiéramos adorado.» ¿Acaso el cielo les encargó ese culto? blasfeman. ¿Los hemos acaso enviado libro alguno antes del Alcoran? ¿tienen alguno? Nosotros, continuamos, hemos hallado á nuestros padres fieles á una religion, y la seguimos. Siempre que nuestros ministros predicaron la fé en una ciudad, lo mismo les dijeron los principales del pueblo: Nosotros seguimos el culto de nuestros padres. «Pero nosotros os traemos una doctrina mejor, decian los apóstoles. Nosotros, respondian los incrédulos, deseamos cuanto nos venis á anunciar. Ved cual fué el castigo de los idólatras.»

Cap. 49. «¡Oh creyentes! no os anticipeis á la órden del cielo y de su ministro: no levanteis la voz mas que el Profeta, ni le habéis con la familiaridad que reina entre vosotros, para que no sean vanas vuestras obras. Dios ha probado la piedad de los que hablan con respeto á su apóstol. Los árabes dicen: Creemos. Respóndeles: Vosotros no creéis; todavia no ha penetrado la fé en vuestros corazones. Los verdaderos fieles son aquellos que, libres de duda, creen en Dios, en su apóstol, y sacrifican su vida y sus riquezas en defensa de la santa causa. Ellos te dan gracias de haber abrazado el islamismo. Respóndeles: Esta religion no viene de mí; es un don del cielo.»

Cap. 52. «¡Oh Mahoma! predica á los infieles; gracias al cielo no eres tú ni mágico ni inspirado por Satanás. Dirán ellos acaso que eres un poeta, y que preciso es esperar á que la suerte disponga de ti? Respóndeles: «Esperad, yo esperaré con vosotros.» Les inspiran los desvarios del sueño ó la impiedad? no tienen la fé. El Alcoran, dicen, es una ficcion ingeniosa, cuyo autor él es. Si esto es cierto, hagan un libro semejante. ¿Han sido sacados de la nada, ó se han criado á sí mismos? ¿han formado ellos el cielo y la tierra? ¿tienen en su poder los tesoros de los cielos? ¿poseen el imperio supremo? ¿pueden ellos elevarse á los aires para oír los cánticos de los espíritus celestiales? Cuenten lo que oyeron, y den pruebas de ello. ¿Le pedirás tú el precio de tu celo? están cargados de deudas. ¿Saben el porvenir? ¿te preparan emboscadas? los infieles caerán en ellas los primeros. ¡Anatema á sus ídolos!»

Cap. 58 y 59. «¡Oh creyentes! haced una limosna antes de hablar al Profeta; esta obra será meritoria y os purificará. Si la pobreza se opone á vuestros buenos deseos, Dios es indulgente y misericordioso.—Los que enarbolan el estandarte de la rebelion contra el Señor y su Profeta, cubiertos serán de oprobio. El Eterno ha escrito: Daré la victoria á mis ministros.—Si hubiésemos hecho descender el Alcoran sobre una montaña, herida de temor religioso se hubiera partido, y abajado respetuosamente su cima. Proponemos estos egemplos á los hom-

bres para que los mediten.—El Alcoran es el libro por excelencia; ningun libro sagrado lo ha acusado de falsedad.»

Cap. 68. «Júrolo por la pluma y por lo que escriben los ángeles; no es Satanás, sino el cielo quien te inspira. Te aguarda una recompensa eterna. Tú profesas la religion sublime. Pronto tú verás, y verán ellos, quien de vosotros es el que yerra. Dios sabe quienes van extraviados, y quienes andan á la luz de la fé. No sigas los deseos de los que abjuraron la verdad. Si se portan con mansedumbre, solo lo hacen para escitar tu condescendencia. No imites al blasfemo que se envilece. Huye del maldiciente que sigue la calumnia; huye del que estorba el bien, huye del prevaricador y del injusto. Aléjate del hombre violento y del impúdico. ¡No te fascinen ni el brillo de sus riquezas, ni el número de sus hijos! Le estamparemos en la nariz una señal de fuego.»

Cap. 69. No juraré yo por lo que veis, no juraré por lo que no veis, que el Alcoran es la palabra del Profeta. No es el language de un poeta; ¡cuán pocos creen esta verdad! No es la obra de un mágico; ¡cuán pocos abren los ojos! El soberano del mundo lo envió del cielo. Si Mahoma hubiese cambiado en algo su doctrina, al punto le hubiéramos asido, y rótle la vena del corazón. Nadie hubiera podido suspender el cumplimiento de nuestra venganza. El Alcoran instruye á los que temen al Señor; sabemos que muchos de vosotros lo acusan de falsedad, pero él hará que los infieles lancen dolorosos suspiros.»

Todos los demás capítulos no son mas que la reproduccion de las ideas ya vertidas, en otra forma y estilo: solo en el 98 se nota el siguiente trozo: «Los cristianos, los judíos y los idólatras no se han apartado de ti sino cuando han conocido la evidencia de tu doctrina; los que han recibido las escrituras, no se han dividido sino cuando la verdad ha brillado á sus ojos. Sin embargo solo se les mandaba que sirviesen al Señor, le manifestasen una fé sincera, adorasen su unidad, observasen la oracion, y pagasen el tributo sagrado. Esta es la verdadera religion. En verdad los cristianos, los judíos incrédulos y los idólatras, arrojados serán á las hogueras del infierno, donde estarán eternamente, pues son los mas perversos de los hombres. Mas los creyentes que practican la virtud son lo mas perfecto que crió el cielo. Su recompensa está en las manos de Dios, que puso en ellos toda su delicia.»

Los mahometanos tienen grandísima fé en la eficacia de las palabras contenidas en los capítulos 113 y 114, que son los últimos, miranlas como un soberano específico contra los efectos de la magia, las influencias de la luna, y las tentaciones del maligno espíritu, y rara vez dejan de rezarlas á la mañana y por la noche. Cuentan los comentadores del Alcoran el siguiente hecho para probar la virtud de aquellas palabras: «Habiendo un judío llamado Lobeid, por medio de su arte mágica, atado á Mahoma con una cuerda invisible, donde había once nudos, Dios reveló al Profeta el modo de romper el conjuro, haciéndole ver la cuerda encantada, y mandándole que implorase el auxilio del cielo y rezase los dos últimos capítulos del Alcoran. Luego que hubo pronunciado un versículo, desatóse uno de los nudos, y se sintió algo aliviado. Continuó su lectura, y al acabar, ya estaban rotos todos los nudos, levantándose él gozoso y enteramente libre. Las hijas de Lobeid, que habían encantado al Profeta, soplaban sobre los nudos que hacian en las cuerdas mágicas.» He aquí el texto de los dos capítulos venenados:

Cap. 113. «Dí: Pongo mi confianza en el Dios de la mañana, para que me libre de los males que cercan á la humanidad, de las influencias de la luna cubierta de tinieblas, de los maleficios de aquellas que soplan sobre los nudos, y de los negros proyectos que trama la envidia.»



Cap. 114. «De: Pongo mi confianza en el Señor de los hombres, rey de los hombres, Dios de los hombres, para que me libre de las seducciones de Satanás que infiltra el mal en los corazones, y me defienda contra las asechanzas de los géneos y de los malos.»

En resumen, el islamismo nada contiene que sea incompatible con la sociedad; si así no fuese, ¿cómo se explica su larga existencia en la tierra? Su dogma es el más sencillo: un Dios único y su apóstol. Su moral a veces rebosa justicia y nobleza, y por vía de ejemplo permitásenos citar el juramento que Mahoma hacía prestar á las mugeres que se declaraban musulmanas: «No adoraremos mas que á un solo Dios; no robaremos; no procuraremos, y no desobedeceremos al Profeta en cosas justas.» Mucho se engaña quien cree que todos los que abrazaron el islamismo lo hicieron llevados de su afición al robo ó de cualquier otro motivo de interés, pues entre tantos precisamente muchos debia haber, que realmente tenían ideas de virtud. Oigamos sobre el particular al intendente de los idolos de la Caaba, cuando abrazó el islamismo: «Hasta ahora, dice, adorábamos á la piedra que ni vé ni oye; ¿á qué, pues, está el hombre destinado en la tierra sino á hacer buenas obras, para recibir la recompensa en el cielo?» Y los primeros medinenses,

que se hicieron musulmanes, así habieron delante de Mahoma: «Nuestros compatriotas hasta el presente se han dado á la borrachera y á todo género de vicios; y nosotros esperamos que, por vuestra poderosa intercesión, Dios les vuelva á la senda de la virtud.»

Una causa contribuyó por fatalidad al triunfo del islamismo: el deplorable estado del Oriente. Hallábase entonces el imperio romano reducido á la última postración; los cristianos, únicamente ocupados en sus querellas religiosas, no se cuidaban de contener al enemigo; y no menos triste era la situación de la Persia, donde disputas muy distintas traían agitados los ánimos, al paso que el estado se desangraba en guerras desastrosas. Apareciendo de repente, con el Alcorán en una mano y el sable en otra, tan pocos obstáculos debían de encontrar los árabes, que los musulmanes presentan como un milagro la rapidez de sus conquistas, pero, al contrario, el milagro existiera, si con los medios que tenían á su disposición no hubiesen triunfado.

Mas ello es que el islamismo solo á la fuerza de las armas debió la mayor parte de su engrandecimiento; y esta única circunstancia basta para distinguirlo del cristianismo, que solo con la divina persuasión empezó á esparcirse por el mundo.

## ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

### COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

#### De los baños antiguos y modernos.



Desde la mas remota edad vemos establecida la costumbre de bañarse, en los pueblos cuya historia y noticia ha llegado hasta nosotros, y en particular en los situados al oriente y mediodia, en los que hacen sentir todo su poder los ardientes rayos del astro vivificador. Ya sea por rito religioso, ya por veneración á las aguas, por dar placer al cuerpo ó por necesidad, particularmente cuando desconocidas las telas de lino se vestían los hombres con la gruesa lana, el uso de los baños ha sido conocido y practicado en todos los pueblos con mas ó menos estension. Situada la España en una zona no tan templada que en la estación del verano no sofoque el calor, al menos por algunos dias, y no careciendo de baños calientes naturales (1), rios y fuentes abundantes que hayan convidado en todos tiempos con su frescura á dar alivio al fogoso habitante de sus riberas, la naturaleza misma indicaría el baño á los primitivos españoles, y nos parece no decir un despropósito sentando nuestra opinion de que los baños se usan en nuestra península desde que hubo habitantes en ella. Creyendo efecto natural el origen de esta costum-

bre en todos los pueblos meridionales y orientales, nos dispensa el buscarle en unos antes que en otros, y por lo tanto solo tratamos en este artículo de las diversas maneras de practicar esta costumbre cosmopolita, de la suntuosidad de unos pueblos, sencillez de otros y por último de lo que respecta á nuestro pais, en el que se hallan tanto en esta costumbre, como en casi todas, las prácticas de todos los pueblos que por amistad ó por conquista han pisado sus floridos campos y habitado algun tiempo bajo su hermoso y benéfico cielo.

El agua fué desde el principio del paganismo, tenida por una divinidad de primer orden, llegando á creerse entre los egipcios, que todas las cosas la debían su origen y forma, en lo que tambien coincidió el sábio griego Tales de Mileto, fundador de la escuela Jónica, razon por que veneraban el agua del Nilo conservada en el templo en un *Canopo*, tenaja sagrada que reverenciaban, la que tenían cubierta con un velo y ante la cual entonaban himnos sagrados en accion de gracias por sus grandes beneficios, pero á pesar de este respeto, se bañaban en el Nilo por precepto religioso. Los persas aun mas supersticiosos que los egipcios, hacían grandes sacrificios al agua y castigaban severamente al que la profanaba, razon porque no se halla noticia se bañase un pueblo que hubiera creído manchar con su impuro cuerpo la pureza de su divinidad favorita.

La costumbre que nos pinta Homero de jurar los dioses por la laguna Estigia, nos pone de manifiesto el respeto que en tiempos anteriores al divino poeta, se tenía al agua por los antiguos, sustancia reverenciada tambien por los indios, los chinos y por los americanos.

La multitud de estatuas de rios, fuentes y lagos, que monumentos del arte antiguo se conservan aun en los Museos de Europa y en los suntuosos edificios de la antigua Roma, nos enseñan evidentemente que los griegos y romanos no despreciaron el rito de los pueblos á quienes imitaron y que el agua fué tambien objeto de sus adoraciones.

(1) Dice Kuikero que en su tiempo se contaban de baños calientes naturales; 20 en Alemania; 86 en Italia; 43 en Francia; 40 en España; 9 en Hungría; 16 en Siria, y 21 en Grecia; pero hoy hay muchos mas en España y en los demas puntos de Europa.



De la antigua veneración al agua, se introdujo entre los gentiles el agua lustral, la que se hacía apagando en una cantidad determinada, un madero ardiendo estraido de la hoguera en que se hacía un sacrificio. Este agua lustral servía comúnmente para purificar á los fieles antes de llegar al templo, rociándoles con un instrumento de cerdas, de hojas ó de ramas, llamado *aspergilo* que equivalía al *hisopo* con que se rocía á los cristianos con el agua bendita, costumbre que tomó la iglesia desde su principio y que estendió el papa San Alejandro en 119, mandando al propio tiempo que se echase en la misa agua en el vino. Conforme tenemos nosotros á la puerta de las iglesias las pilas del agua bendita, para signarnos con ella en reverencia, así tenían los gentiles unas grandes vasijas á la entrada de sus templos llenas de agua lustral, en las que se lavaban los que entraban para purificarse, ceremonia que se hacía también al salir de la casa de un difunto. Desde los egipcios hasta nosotros puede decirse no se ha perdido la costumbre de hacer el agua capaz de purificar santamente á los fieles de todas las religiones, puesto que en todas se vé el agua lustral ó bendita á la puerta de los sitios religiosos, sin exceptuar á los indios mas idiotas.

Los hebreos y demas pueblos cálidos tuvieron desde muy antiguo el uso de la *ablucion*, palabra que tiene por significado lavar ó purificar. La Piscina del Tabernáculo hecho de orden de Dios por Moisés, y la famosa mar de bronce del templo de Salomon, eran unos grandes vasos llenos de agua lustral bendecida por el supremo sacerdote, cuyo destino era el servir de fuente donde se lavasen los sacerdotes antes de los sacrificios, costumbre que tomaron de los israelitas los griegos y romanos, conservando sus pilas lustrales á la entrada de sus templos. Al levantarse de la cama los hebreos actuales, se creen tan impuros que no tocan nada antes de lavarse la cara y las manos, aun los mas escrupulosos se hacen poner el agua al lado de la cama para lavarse al propio tiempo de poner los pies en tierra: de todas las aguas la del mar era la mas santa, y después la seguía en excelencia la de los rios. Los ismaelitas, de quien la copiaron los musulmanes con el nombre de *abdest*, se lavaban por la mañana para purificar el cuerpo, y los hijos de Mahoma que creen que esta ablucion purifica tambien el alma, se lavan por orden las manos, brazos, frente, orejas, cara, dientes, la nariz por debajo y los pies, antes de empezar sus oraciones matutinas ó entrar en la mezquita, bastando en el invierno, y á las mugeres en sus méstruos, el señalar aquellas partes del cuerpo sin bañarlas. Al baño y el lavatorio de los musulmanes tambien añaden el baño de arena, que tienen por santo y purificante, así como el derramar el agua sobre su cabeza ó pasarse por ella la mano mojada, y lavarse al dia tres veces los pies, abluciones que hacen los persas con solo pasar dos veces la mano mojada, por la cabeza del cuello á la frente y después por ambos pies. Los turcos llaman *amano* al baño ordinario, ablucion que se hace en los baños públicos en que entran de todas las sectas, los hombres por la mañana y las mugeres por la tarde.

El baño que con todos sus cortesanos se da Touchin, rey de la China, el último dia del año chino, es una ablucion santa, así como la general que en la isla de Siam se ejecuta en el mes quinto, y la que los indios lejanos de los rios, ejecutan echándose en pozas hechas de expreso, desde cuyo baño cantan sus oraciones en ciertas épocas del año. Los ídolos de los indios sufren tambien abluciones y baños continuos, y los habitantes de las costas de la Guinea se bañan al amanecer diariamente, para estar en gracia de sus dioses lares, que tambien sufren baños de agua lustral por mano de sus sacerdotes. En fin, hasta la iglesia de los cristianos tomó las lustraciones del agua por signo de pureza, puesto que en los primitivos siglos habia delante de ellas ó pozos ó fuentes, ya naturales, ya

artificiales, á fin de que los fieles se lavasen la cara y las manos antes de entrar en la casa del Señor, de donde se originan las actuales pilas del agua bendita, y la costumbre de tomar el agua y darse con ella en la frente haciendo la señal de la cruz que todavia subsiste. Nos hemos detenido en las abluciones por que lo hemos juzgado necesario para la historia de los baños, y por parecernos bastante curiosas las anteriores noticias, pasando ahora al objeto principal de este artículo, daremos razon de los magníficos baños contruidos por las dos mas grandes y poderosas naciones de la antigüedad, á fin de descender gradualmente hasta nosotros.

Sentado ya en un principio que los egipcios y demás pueblos de que tenemos mas antigua noticia, se bañaban, ya por espíritu de religion, ya por comodidad y placer, y descendiendo á los griegos de los tiempos heróicos, hallaremos que se bañaban en los rios y fuentes, teniendo dedicadas sus *thermas* (baños calientes) solo á vigorizar las debilitadas fuerzas. En los tiempos del divino cantor de Aquiles el uso de las *thermas* era conocido, pero solo practicado por las mugeres y los viejos, pues los jóvenes vigorosos de la Grecia no los usaron hasta que corrompidas las costumbres poco antes de la era de César, se envilecieron abandonando las armas por la muelle vida de los salones y del placer. Dice Teócrito que queriendo los rígidos espartanos dar á la muger el valor del hombre, las educaban varonilmente en los gimnasios, y las hacían bañarse con los jóvenes todos los dias, pues el baño en estos pueblos era diario y aun le repetían varias veces al dia. Los lacedemonios no tomando el baño por placer, sino por limpieza, se contentaban con lavarse el cuerpo metiéndose desnudos en el rio Eurotas. Los baños de Alejandro el Grande en Atenas, y los de Pericles, son los que por la magnificencia de sus edificios se han mencionado por algunos autores griegos, así como la suntuosidad con que se tomaban y los muchos esclavos que les servían, pero como los romanos no solamente hayan copiado todo lo perteneciente á este particular de los griegos; sino que les han escedido en lujo y esmero, haciendo mencion de las *thermas* de Roma que segun Roscio en sus antigüedades romanas, pasaban de 800; habiendo hecho construir solo Agripa 170 para el público.

El caudaloso Tiber fué el baño de los primitivos romanos, pero no tardó el lujo en hacer otros sitios mas halagüeños y cómodos dentro del poblado. En tiempo de la republica romana los ciudadanos que querían tener al pueblo de su parte, construían cómodos baños para él, en los que no se llevaba ningun interés, pero estos baños públicos no fueron suntuosos hasta los tiempos de Pompeyo en que los ediles y los decuriones procuraron complacer al pueblo proporcionándole toda clase de goces, admitiendo el proyecto que sobre este particular les presentó Sergio que dió tambien su plan á Mithridates. Dice Diodoro, que Mecenas fué el primero que edificó en Roma un baño público, y que después se fueron construyendo en todos los cuarteles de la poblacion. Llegando el caso de haberlos tan vastos, que en algunos podían bañarse hasta ocho mil personas, bañándose á un mismo tiempo sin verse unos á otros, por haber otros tantos departamentos, lo que no parece imposible ni exagerado atendiendo á las vastisimas ruinas de las *thermas* de Tito, Caracalla y de Diocleciano, que causan todavia la admiracion del viajero.

Generalmente los baños públicos contenían un baño para los hombres y otro para las mugeres; en un principio eran oscuros, pero poco después se les dió luz por claraboyas abiertas en lo alto de las bóvedas que los cubrían. La hora general de bañarse entre los romanos era la de las tres de la tarde en estío y la una en invierno, pues en esta temporada tambien se tomaba el baño, y en el estío antes de entrar en el baño, se paseaban desnudos al sol los romanos si no hacía viento, y jugaban á la pelota en sitios contruidos á este efecto cerca de las pilas ó



estanques. Hombres y mugeres se bañaban juntos desde que Cómodo dió este permiso, llevado de su pasión á los baños, hasta que el emperador Severo ordenó para bien de la moral, que las mugeres se bañasen en baños separados de los de los hombres, lo que se empezó á ejecutar en los doce famosos baños llamados *niuphala*, en los que sobresalía el construido á espensas de Alejandro Severo. La espresada separación de baños dice Sparciano que la hizo el emperador Adriano, y que Marco Aurelio y Alejandro Severo confirmaron esta orden. Durante el baño solían recitarse poemas y cantarse himnos marciales y alegres, escogiéndose este momento los poetas y escritores para pensar en sus composiciones, pues por lo general el baño se tomaba con reposo.

A fin de tomar una idea de lo que eran los edificios destinados á las *thermas*, vamos á describir las partes de que generalmente se componían. Delante de la pieza de las pilas había un salón ó pórtico llamado *scola*, donde esperaban unos mientras otros se bañaban; á esta pieza seguía la llamada *spoliatoria*, que era donde se desnudaban y dejaban los vestidos. En seguida estaba el sitio del baño que era un gran vaso ó vasos móviles, de plata, bronce, cobre, madera ó piedra, denominado *labrum* ó *solum*, por los romanos, y *pijelos* por los griegos; en la misma pieza había un estanque construido de mármol, piedra ó ladrillos, al que se bajaba por una escalerilla, y en el cual había asientos de fábrica dentro del agua para poder tomar el baño sentados. Por lo común las piezas de baños estaban adornadas con bellísimas estatuas y cuadros de los mas famosos pintores, y adornos tan magníficos y caprichosos como sorprendentes. En la pieza inmediata á los baños se hallaba la sala de los vasos en la que había tres grandes cubas, una de agua caliente, otra de agua fria, y otra de tibia, y los que se bañaban se servían á su placer, como hoy en nuestros baños, del agua en el grado que la apetecían. El suelo de los estanques ó baños públicos y particulares eran ó de vidrio ó de mármol de colores, como dice Bacio se observó en las *thermas* de Cómodo y de Antonino. También había cerca del baño una pieza redonda que recibía la luz por arriba, en donde se hallaba la estufa para los que querían baños de vapor antes de los del agua, pues había baños divididos en tres aposentos á saber: uno para escitar el sudor, otro de agua tibia, y otro de agua fria (1); otra pieza había cerca de la de los baños llamada *elestessio* ó *vucfuaria*, en la cual esclavos llamados *alipites* untaban á los que salían del baño con aceites perfumados y aromas exquisitos, los que vertían sobre el cuerpo gota á gota de un vasito llamado *gut-tus*, *glans*, *acupulta*, ó *lecythus*. Era costumbre despues del baño y antes de perfumarse el hacerse quitar el vello del cuerpo, con pinzas ó raspaduras de plata, y pasar despues por cima una piedra pomez para suavizar la piel. Todas estas operaciones las necesitaban los romanos antiguos pues no estando en uso el lino ó camisas de lienzo hasta los últimos tiempos, era preciso se lavasen á menudo para limpiar bien el cuerpo de la grasa que criaba con los vestidos de lana.

Tanto en Grecia como en Roma, los esclavos llamados *balnearii servi*, eran los que cuidaban de los baños, haciendo de bañeros; se dividían en *foruncatores* los que tenían á su cargo el calentar el agua; en *capsarii*, que eran una especie de guardaropas que cuidaban de los vestidos de los que se bañaban; *unctarii* que eran los que daban los ungüentos y perfumes, y *alipiae* que tenían á su cuidado el refregar y arrancar el vello, bien con las pinzas, bien con los *stringiles*, instrumentos de metal con los que raían el cuerpo para limpiarle del sudor, u otras suciedades, los cuales mientras hacían su oficio, dice

Atheneo que cantaban canciones alegres, en fin nada se olvidó que pudiese contribuir á la sensualidad y diversión.

Mas de ochocientos edificios estaban destinados en Roma á los baños, como hemos dicho, y entre ellos sobresalían los construidos por orden y á espensas de los emperadores, distinguiéndose entre estos los de Gordiano, que tenían doscientas preciosas columnas de mármol, y los de Caracalla y Diocleciano de los que aun se ven sorprendentes ruinas, particularmente de los este, que hizo trabajar en la construcción de estos baños á cuarenta mil cristianos.

Nada es capaz de compararse en lujo y ostentación á los edificios de las *thermas*; estaban adornadas de soberbios pórticos, de estensísimas galerías, y de una arquitectura magnífica, y no solamente comprendían los baños sino cuanto podía hacerles agradables. En algunos había hasta bibliotecas, como sucedía en las *Thermas* de Diocleciano á donde se trasladó la Biblioteca Ulpiana; también había sitios destinados á los ejercicios del cuerpo, y aun á los del entendimiento, donde se reunía la juventud, ya para lucir su talento, ya para aprender, y en los paseos ó arboledas que rodeaban los edificios, había de trecho en trecho muchas y bellísimas estatuas. El mármol, las estatuas, los cuadros y los adornos dorados, lucían enriqueciendo todas las habitaciones de las *thermas*, y la magnificencia se extendía hasta los vasos en que se conservaban los perfumes y las esencias, que eran muchas veces de oro, plata y pórvido, con lindos bajos relieves, de cuyas preciosas materias había también pilas para bañarse.

La suntuosidad de las *thermas* romanas no fué imitada por ninguna provincia conquistada, y solo los persas y los pueblos orientales escedieron alguna vez á los romanos, si no en lo grandioso de sus edificios, si en la riqueza de sus vasos y perfumes.

La España en tiempo de la dominación romana tuvo famosas *thermas*, ya de placer ya para restablecer la salud, pues que se ven muchos edificios entre las ruinas de Emerita, Itálica, Tarraco y otras ciudades antiguas, que tenían la forma de las *thermas*, habiéndose encontrado en algunos las pilas de los baños. De muy antiguo acostumbraron á bañarse en *thermas* los de esta region, puesto que el célebre Estrabon al describir las costumbres de los lusitanos dice: *Algunos habitantes del Duero, viven como los lacedemonios, untándose dos veces al día con aceite, y haciendo uso de estufas calentadas con piedras encandescentes, bañándose en agua fria*. Empero en tiempo alguno se han hecho baños en España con tanta ostentación como en los tiempos de los árabes.

En casi todas las ciudades en que mandaron los árabes, particularmente en Toledo y en las de Andalucía, echó el resto el gusto oriental en las famosas *thermas* que se construyeron. Los soberbios baños de los palacios de *Galiana* en Toledo, que tan minuciosamente nos describen los romances moriscos, superaban en elegancia á los mas preciosos de Roma, y los mandados construir por Abderramen para obsequiar á su querida y hermosa esclava *Zehera*, no tuvieron compañeros en el mundo, segun la espresion del árabe Ben-Bolfat, que hace mención de ellos, diciendo entre otras cosas: *Que sustentaban la pila de plata en que se bañaba la hermosa Zehera, treinta columnas de pórvido, y que rodeaban el baño sesenta vasos de oro de gran magnitud, donde estaban los perfumes, con que veinte bellas esclavas lavaban á su señora*. En la famosa Alhambra de Granada, hacen mención también los autores árabes de los baños del *Albaicin* destinados á los señores de la ciudad, los que dicen haber sido de un lujo sorprendente y de aguas muy saludables.

Del tiempo de los árabes indudablemente debía traer su origen la casa de baños del pueblo de Madrid, situada en lo antiguo, en la calle que hoy se llama de la Escalinata, frente al teatro. En este sitio se hallaba una puerta

(1) Estos baños llamados por los griegos *pyriaxera* y por los romanos *sudatio arsa*, ó *calor siccus*, consistían en calentar el agua para producir el vapor con hierro hecho ascua, ó piedras sumamente calientes.



frente de la villa denominada de Balnada, ó sea de Los dos Baños, según quiere Quintana en su historia de Madrid, si bien este autor, teniendo Balnada por Balnaduo, dice: que parece dá lugar á este sentido, que los romanos fundadores de esta puerta (como lo refiere Virgilio Polidoro) tenían costumbre de bañarse, para lo cual tenían baños, así en casas particulares los ciudadanos que podían, como en lugares públicos para la gente común y plebeya, y llegó á tanto que los mismos emperadores por aplacer al pueblo iban á ellos á bañarse. Esta misma costumbre introdujeron en España, y quedó tan arraigada que duró hasta el tiempo de don Alonso VI que reparando (dice Sandoval en su vida) que por su demasiado uso de ellos, los españoles se criaban afeminados, menos aptos para el de las armas, por faltarles las fuerzas necesarias para sufrir el continuo trabajo de la guerra, los prohibió á sus vasallos é hizo destruir los baños que había, resolución que tomó después de la batalla de Velez en que murió su hijo don Sancho, y don García, conde de Cabra.

Por el nombre de esta puerta y algunos documentos que hemos visto al escribir nuestra historia de Madrid, no cabe duda que donde hoy existe la casa de baños denominada «Baños de Oriente» es donde estuvieron los baños públicos de esta parte de Madrid, entonces tan amena y cubierta de frondosos árboles y ricas huertas, como hoy desnuda y árida, puesto que la gran llanada de la llamada plazuela de Oriente, parece un desierto arenal donde impera el abrasador sol en verano, y se estaciona el vidrioso hielo, y fría nieve en el invierno.

Si no cabe duda que hubo baños públicos en la antigua puerta de Balnada, los de la villa, los principales baños públicos, estaban desde la mas remota antigüedad en la parte opuesta. Estaban estos situados en la actual calle de Segovia, en el sitio que llaman aun de los Caños Viejos, frente á unas huertas que aun subsisten, que se llamaron en lo antiguo huertas del *Posacho* por sus muchas aguas, las que sirvieron de sitio de recreo á los reyes de Castilla cuando venían á Madrid. El citado Quintana copia en su historia la escritura de donación que don Alfonso el Sabio, hizo desde Sevilla el año deceno de su reinado, (20 de julio de 1501) al concejo de la villa de Madrid, de los espresados baños de los Caños Viejos. En esta escritura dice el rey: que la villa tenía ya este dominio en tiempo de su bisabuelo Alonso VIII, y manda que la renta que saque el concejo de los que se bañen sea para adobar los muros de la villa de Madrid, y para las otras cosas que ovieren menester, que sean servicio de nos, y á pro del concejo.

Probable es que estos baños fuesen contruidos por los árabes cuando poseían la villa de Madrid, mas bien que por los romanos como quiere Quintana, puesto que habiendo tantas reliquias de la dominación agarena en este pueblo, son casi fabulosas las de los romanos. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que en el siglo XII había en Madrid ya baños públicos, dentro de sus muros, en los que se pagaba una cantidad por bañarse, para objetos de villa, y es lamentable que los antiguos ayuntamientos no mejorasen en pro del común los espresados beneficiosos baños, en vez de haberlos dejado perder. De creer es que siempre hayan existido baños dentro de Madrid, máxime habiendo abundado antes tanto las aguas como hoy escasean, merced á la falta de arbolado causada por nuestra incuria y abandono, pero solo hemos podido averiguar haya habido una casa de baños en tiempo de Felipe II en la Puerta del Sol hacía lo que fué convento de la Victoria, y otra en tiempo de Quevedo, en la calle del Niño, cerca de la casa propia del ilustre escritor, en la que dice él satirizando *se lavaba todos los veranos la carne podrida de la carnicería de la calle de Francos, la Mancebia, y de las otras tablas de lo ajeño* (1).

(1) En las obras de Quevedo cuya edición publicamos, daremos noticia de estos baños.

Los primeros baños que se nos presentan cronológicamente después dentro de Madrid, sin contar los reales de los palacios de la Villa y del Retiro, son los denominados de *Berete*, casa famosa de baños y lavadero público que todavía subsiste en la plazuela del Ava-pies al salir al portillo de Valencia. La comodidad de las numerosas pilas de esta vasta posesión, de granito de Colmenar, y su gran tamaño, solo han tenido una copia en la casa de baños denominada de los Guardias de Corpus, frente al cuartel que fué de estos, al lado de la puerta llamada del *Conde-Duque*. Estas dos casas tal vez son las mejores casas de baños de Madrid, pero el gran tono las tiene abandonadas, en particular á la primera, á la que asiste solo la gente que habita los barrios en que se hallan, y algunos que prefieren la comodidad al lujo y al aéreo tono.

Los baños de Santa Bárbara, participan de alguna parte mineral, y son un beneficio para muchos enfermos, que pueden hallar en Madrid lo que tendrían que ir á buscar muchas leguas de él; tambien esta casa es de las mas antiguas de Madrid, si bien concurrida mas por los enfermos que por los que buscan en el baño solo el placer y la frescura.

Tan escasas y raras al principio de este siglo fueron las casas de baños en Madrid, tan abundantes son en el día, pues apenas hay calle del centro donde no haya dos ó tres: las calles de Jardines y Mayor son las que mas tienen, pero el gran tono tiene fijado su asiento en este particular, en los denominados de Oriente, la Estrella, los de Peyro, la Fontana, Lorencini, los nuevos de la casa de Cordero, calle de Capellanes y otros donde el lujo campea con mas atractivos, si bien á escepción de los de Cordero y algunos otros, son un débil remedo todavía de los elegantes baños de París y de Londres que se pretenden imitar, y miseria estos de los suntuosos romanos que hemos descrito.

La temporada de baños comienza generalmente en Madrid, á primeros de julio y concluye á fines de agosto, á no ser, que se adelante ó atrase la estación, en cuyo caso la variación esta en 15 días antes ó después. Llegada la temporada, la gente acomodada que no sale á las *thermas* de la Isabela, Trillo, Santa Agueda, Panticosa ú otros de los muchos de España, ó se baña en su casa ó acude á las casas de baños espresadas, y la de cortas facultades y la menestral se dirige al río, donde tambien va mucha gente rica, bien por costumbre, bien por que les es útil á su temperamento.

Una agradable y pintoresca vista presenta en esta alegre estación, el río Manzanares en una extensión de dos leguas, si bien mucho mas animada en la parte mas próxima á la capital. El centro del río á lo largo es una prolongada calle de barracas de palos y esteras, en donde se hallan profundos y someros baños de corrientes aguas, á gusto de los que los buscan, diferenciándose unos de otros, por multitud de banderas flotantes sobre las grandes barracas ó salas de descanso. El alegre guitarrillo, el sonoro pandero, y las bulliciosas castañuelas, animan por lo general el ya animado cuadro, y los que van á bañarse al Manzanares gozan al propio tiempo que de los placeres que proporciona la ansiada frescura, los que son naturales á la alegría madrileña y jovialidad española, que pocas veces vuelven á sus hogares sin que les haya divertido alguna aguda canción, y recreado la vista el airoso cuerpo y graciosa cara de alguna hermosa, que salpicando sal y garbo al son de los festivos instrumentos, haya detenido los pasos de los que vuelven de los baños por la frondosa álameda de la Virgen del Puerto, para admirar la abundancia de gracias con que enriquece la pródiga naturaleza á las hermosas españolas.

La temporada de baños en Madrid es deliciosa saliendo á pasear al río á la caída de la tarde, para los que gozan en el carácter alegre de sus conciudadanos.

B. S. CASTELLANOS.



## ESTUDIOS RECREATIVOS.



Vista de Venecia.

## LUCCIOLA.

I.

Venecia dormía arrullada por el grato murmullo de las ondas que bañan sus pies de mármol, las luces del muelle de los Schiawoni, las de las ventanas de algunos palacios en que se velaba aun, las de la *Dogana di Mare* y del *Rialto*, habían cesado de reflejar una después de otra, en el gran canal. Ni una sola persona se veía en la mas escondida callejuela de la población veneciana, y ni el eco de las guitarras en la plaza de San Marcos, ni la voz de gondolero alguno se dejaban oír desde el extremo de los canales. Las campanas de trescientas iglesias estaban silenciosas; las aves dormían en sus nidos; no se descubría un farol, ni una estrella, ni se percibía el eco de una canción ó el ruido de un remo! Solamente se escuchaba el monótono y confuso rumor que producía la lluvia en el mar.

A pesar de esto un joven viajero, que sin embargo no era nada poeta, tuvo la ocurrencia de abrir sus ventanas en medio de tan tenebroso desierto. Tenía su habita-

ción en un entresuelo frente a *Santa Maria della Salute*, en un palacio que desde la víspera se había convertido en posada, y podemos asegurar al lector que al contemplar tan oscura y silenciosa noche no se entregó á ninguna meditación sobre la decadencia de la ciudad que habitaba y que si por algo lamentaba las tradiciones de lo pasado, era solo por el recuerdo del Carnaval y de las cortesanas, que con el pretexto de llevar una máscara que las ocultaba el rostro, se daban á conocer por sus cuellos alabastros, y abandonaban los extremos de sus desnudas espaldas á cuantos besos encontrasen al paso. Estos sentimientos eran perdonables á lo menos por su oportunidad; en efecto, era el mes de febrero, y triste la consideración de que cuando todas las capitales de Europa se entregaban al regocijo, Venecia no pudiese ofrecer una hora de distracción á un extranjero, para cuyos bolsillos y manos sobraba el oro y la liberalidad.

Disponiase á volver á entrar en su cuarto, cuando una luz que se adelantaba desde el fondo del gran canal le detuvo en el balcón. Era una góndola que cortaba con lentitud las olas acompañada con el murmullo que hacía en ellas las modulaciones al principio lejanas y confusas de una canción que cada vez sonaba de mas cerca. El movimien-



to ligero y caprichoso de la góndola dejaba admirar el impulso de una mano joven y femenina, y así fué que a poco tiempo y a favor del reflejo del farol, colocado sobre el cuello de cisne, pudo el viagero descubrir las bellas formas de una joven que á la vez que se inclinaba sobre el remo, entonaba al aire su canción. La batelera iba sola; su voz confundida con el murmullo de las aguas contra la góndola, producía límpidas y sonoras vibraciones, acompañadas por el suave ruido de los remos; pero á proporción que la cantora adelantaba su góndola, iba conteniendo la voz y aun hubo un momento en que pareció haberlas ahogado entre lágrimas y en que los versos no fueron mas que un suspiro melodioso. La frágil embarcación pasó rozando con las murallas del antiguo palacio y cuando ganó el pequeño canal que corre por el lado de San Marcos, volvió bruscamente el ángulo de la pared y desapareció. El surco de la barca, la reverberación de la luz sobre las aguas y la dulce canción se extinguieron á un tiempo. El sueño se había terminado.

En efecto, aquello no fué mas que un sueño para el viagero asomado á su ventana. Formas apenas percibidas, palabras casi adivinadas, un rayo de luz dudoso y fugitivo fué cuanto se le ofreció, pero estas apariencias bastaron para encantarle. Parecióle que el delicado perfil que pasó delante de sus ojos era el tipo divino que los grandes poetas y pintores suponen una vez en sus vidas animados por una inspiración sublime, pero que jamás logran describir en sus versos ó trazar con sus pinceles. Aquella negra cabellera suelta á merced del viento, aquella blanca mano, que contrastaba con la oscuridad de la noche; aquel talle que con tan delicada flexibilidad se inclinaba y alzaba con el remo, como en los movimientos de un baile voluptuoso, aquella voz clara que salía de los manantiales mas cristalinos del corazón, aquel perfume desconocido de que quedó penetrado al paso de la góndola, aquel desprecio al frío y á la lluvia, todo, en fin, era misterioso, triste y fugitivo como el recuerdo de un sueño.

Nestor, que así se llamaba el viagero, quedó entregado algunos instantes á su contemplación que se había convertido en ideal, trató de ver si desde el balcón podía descubrir la parte del canal por donde había desaparecido la joven, extendió los brazos como para asir la vaporosa aparición y últimamente despues de algunos minutos de indecible sentimiento, sacudió su blanca cabeza como si hubiese querido librarla de aquella imagen; cerró la ventana y juzgó al correr las pesadas cortinas de terciopelo, que no volvería á ver la fantasma que le perseguía, á la manera que no se dejan ver cuando ha caído el telón.

La pieza que ocupaba era espaciosa y en cierto modo imponente. La tablazón de vieja encina curiosamente esculpada daba á las paredes una fisonomía misteriosa y claustral. Varios retratos antiguos de aquella tan brillante escuela veneciana, estaban colocados sobre las entradas, y se distinguía por la frescura de los colores de algunos tableros que varios de aquellos habían sido recientemente sustraídos. En la parte superior de un escudo de armas se veía vagamente el perfil de un buque; el palo mayor se perdía en la inmensidad de la sombra y á los vacilantes reflejos de dos bugías que había sobre una mesa, parecía á veces que el buque se balanceaba. ¿Había sido aquella cámara habitación de algun dux? por lo menos era digna de este honor.

Nestor fué á sentarse debajo de un magnífico espejo de Venecia al cual estaba sobrepuerto un escudo de armas. La cabeza del joven desaparecía enteramente bajo el alto respaldo de un sillón gótico.

Dos palabras únicamente diremos de nuestro héroe, puesto que él se dará á conocer en el curso de esta historia por sus acciones y palabras. Era de hermosa figura, rico y distinguido por su nacimiento, al cual no había añadido

casi nada la educación; jamás había tratado de saber que significaban las palabras arte y poesía, y desconocía absolutamente toda clase de remordimientos por esta falta; su vida hasta entonces había sido una brillante fiesta sin fatigas ni término. Libre é inconstante, el feliz y pródigo ignorante, viajaba por cambiar de horizonte, por variar de distracciones, por gozar el amor de todas las mugeres. Nunca había hecho mal á nadie, porque tenía un corazón honrado; había hecho pocos beneficios, porque en nada trataba de obtener la perfección; pero era atrevido, franco y jovial. Sus queridas le lloraban y le lloraban todas ellas, porque el frívolo entusiasta se deslizaba de unos brazos en otros, como la inconstante mariposa vuela de flor en flor.

Nestor soñaba sin dormir, por la vez primera de su vida. Soñaba en la fugitiva batelera que había llevado en su caprichosa góndola al único de sus deseos que había quedado sin satisfacer. Este joven, conquistador de fáciles amores, renegaba de la bella joven que no había comprendido que sus dos manos se extendieron hacia ella, renegaba de las olas que habían conducido la barca, y últimamente, de la noche que con sus sombras había impedido que se adivinase la expresión de su mirada. Pero esta impresión estaba ya pronta á borrarse en la ligera transparencia de su imaginación frívola, porque el recuerdo no tiene imágenes sino para los corazones experimentados, cuando entre los tableros que cubrían las paredes oyó un ligero ruido. Levantó los ojos hacia el espejo que tenía á su espalda y vió entreabrirse uno de los tableros y presentarse en realidad delante de él la encantadora visión de su sueño, sin dejar duda de que era ella por su juboncillo negro y la corbata encarnada que rodeaba su cuello. Volvió á cerrar las tablas y sin mostrar extrañeza por la luz, fué con aire pensativo á apoyar su codo sobre el alto sillón en que estaba abismado Nestor. Este, sin dar lugar á la sorpresa y únicamente aceptando la felicidad que se le ofrecía, se levantó y arrodilló delante de la cabeza rafaélica que estaba inclinada hacia él. En este instante y como si solo entonces hubiese comprendido lo que pasaba en derredor, la joven lanzó un grito y se retiró para huir. Pero Nestor, ciñendo su cintura con sus brazos, la detuvo pálida y turbada y aun acercó sus labios para besar su frente. Separóse de él la veneciana y en medio de su debilidad y sobresalto se dejó caer en el sillón.

—¡Oh! exclamó en el mas puro italiano, no creí encontrarme con vos aquí, señor, perdonadme. Hacía mucho tiempo que en esta cámara no habitaba ningún huésped.

—Bien haya la dulce visitadora que penetra por las paredes como la luz por la ventana, respondió Nestor en la misma lengua, vuestra Venecia es la ciudad de las hadas, y ¡vive Dios! hermosa gondolera, que yo permito que entren, pero no que salgan.

Y al decir esto trató de detenerla con un ademán que hubiera podido pasar por una caricia; pero ella le miró con tan digna castidad, que no se atrevió el joven á tenerla mas tiempo entre sus brazos y permaneció en una muda contemplación.

—¿Habeis venido acaso en medio de la noche? le dijo la gondolera sonriendo. ¿Habeis elegido para asilo el antiguo palacio de mi padre? Bien, la hospitalidad es una de las leyes de nuestra familia. Os acojo con gusto, porque me pareceis noble y extranjero. Procuraré que nada os falte... disimulareis la insuficiencia de mi pobreza....

La sorpresa de Nestor fué extraordinaria al oír palabras tan extrañas. Sin embargo reflexionó un instante, se acercó á ella y la dijo, despues de haberse reído para sí de su sorpresa:

—¡Ah! ya comprendo. Sois la hija del señor Brighella, mi patrón. A fe mía ¡justificais admirablemente el nombre que ha dado á su fonda, *La Stella*!

Sonrióse la joven, pero con un desden que comprimió



uno contra otro sus labios de púrpura; luego tomó un candelero y le acercó á uno de los retratos que adornaban la estancia.

—¿A quién se parece? preguntó á su compañero.

—Si una barba gris puede dar idea de un cabello negro y una cabeza de emperador de la frente de un ángel, ese retrato se asemeja á vos.

Entonces ella volviendo á colocar la bugia sobre la mesa respondió con un aire de tristeza y de orgullo:

—Pues bien, ese es mi abuelo paterno, y este palacio pertenecía á sus antepasados por espacio de doce generaciones.

—Es decir que yo estoy aquí....

—En mi casa, respondió haciendo una graciosa corte-sia. Si, continuó la joven, en las barcas, en los puentes, en San Marcos, todos se rien de mí cuando hablo de este modo, pero vos me comprendéis, señor. En tanto que este techo viejo no caiga al mar, pertenecerá á la hija de los que lo han edificado. ¿Acaso la historia de mi familia no está escrita en cada una de estas piedras? ¿No fué este palacio una donación que nos hizo la república? ¿Por ventura ese lecho no ha visto nacer y morir en él muchos duxs? ¿esas olas que baten el pie de estas murallas han podido arrebatar los recuerdos y las imágenes de lo pasado? ¿por ventura pueden hacer que el edificio no pertenezca á la historia como el nombre de sus fundadores? ¿ó será que la casa no puede?

—¡Si, estais en mi casa! Han creído que por insultarme á la puerta me impedirán la entrada todas las noches en esta cámara donde resuenan aun los últimos suspiros de mi padre. Pero la antigua morada se abre por sí sola ante los pasos de la niña. Yo sé cuáles son las paredes que tienen escaleras secretas y los canales subterráneos que daban paso á las góndolas cuando los duxs volvan del consejo. Creedme, este palacio me pertenece como pertenece la mar á Venecia, el nido al pájaro ó la vela al viento. Sed bien venido. La pobreza me ha espulsado de él; lo han subastado, pero es mío ante la historia de la república y ante la justicia de Dios.

—¿Qué hermosa estaba la gondolera al hablar así! ¿cómo se alzaba soberana y altiva su noble y juvenil cabeza! ¿cómo Nestor, que no se ocupaba en comprenderla, se entusias-maba al oír aquella triste desdenosa locura! Sin analizar sus impresiones, sin saber si velaba ó dormía, contemplaba apasionadamente aquella irresistible belleza.

—Quien quiera seais, le dijo, necesito saber vuestro nombre para unirlo á la emoción mas grande de mi vida, ¿os llamais?...

—Lucciola, respondió la joven; es un nombre ridiculo cuando le lleva una muchacha oscura como yo.

—Es un nombre encantador, añadió Nestor.

—Vos lo comprendéis. Cuando mi padre me lo dió, me dijo: «¡Sé la luciérnaga que brille en la noche de nuestra ruina! ¡Sé la luz que centellea de segundo en segundo en la oscuridad de Venecia! ¡sé el fósforo de nuestras oleadas desiertas!» ¡Ay de mí! no soy nada de eso: pero recor-ro por los noches los canales, con la canción de mi alma y la luz de mi góndola. Lanzó un eco y un reflejo á nues-tros monumentos que caen. Conozco mi ciudad natal, como el viento conoce la bóveda de San Marcos, y os la enseñaré si gustais, señor; y esta será la manera en que os pagaré la hospitalidad de Venecia. Mañana por la mañana mi barca estará pronta. Por ahora, perdonad que haya venido á interrumpiros con mis recuerdos.

Y al decir esto se adelantó hacia los tableros de la pared, en que apoyando sobre una hendidura imperceptible, abrió una puerta que correspondia con una escalera bajo la cual se oían batir las olas. Pero ya Nestor estaba demasiado encantado de su misteriosa aventura para dejar ir sola aquella extraordinaria joven. Corrió, pues, tras ella, y deteniéndola respetuosamente esta vez, la dijo con voz suplicante:

TOMO IV.

—¡Oh! dadme desde esta noche el lugar que decis en vuestra góndola. Antes de haberos visto detestaba á Venecia; ahora la adoro. ¡Dejad que la vea á la luz de vuestros ojos! No os abandonaré, pues antes prefiero seguir os á nado....

Ella titubeó un momento y tranquilizada sin duda por la bella y noble figura del joven viajero, respondió sonriendo:

—¿Sois prudente?

—Prudente como el respeto, y religioso como la adoración.

—¿Teneis miedo á la noche?

—Si, cuando estoy solo, respondió Nestor; y no pudo menos de añadir para sí: ¡mi hermosa Lucciola, temo amarte demasiado!

—Entonces seguidme y tomad para guiaros en las tinieblas; y desató el nudo de la corbata roja que rodeaba su cuello, conservó un extremo en su mano y tendió la otra á Nestor, sin cuidarse de que él depositaba en ella sus labios. Llegaron al pie de la escalera, donde estaba amarrada la góndola, Lucciola entró en ella dando un graciosísimo salto. Nestor la siguió con algo menos agilidad, y partieron.

## II.

Cuando llegaron al gran canal, la lluvia había cesado del todo y la luna que se iba elevando por encima de la cruz latina del Palladio, iluminaba las aguas y los mármoles con tintas de color rojizo, que aclarándose lentamente llegaban á matizarlos con una brillantez argentina. En tanto que Nestor, cediendo al encanto del cuadro melancólico que se presentaba á su vista y todavía mas al de la posición deliciosa de la joven, se había abandonado sobre el tapiz de la góndola, como sumergido en un profundo éxtasis, Lucciola había tomado el remo y dirigía la barca hacia la parte del Rialto; despertando Nestor de su aturdimiento y casi avergonzado de haber dejado á Lucciola todo el trabajo de aquella poética navegación; se aproximó á ella y tomó el remo de su mano; la graciosa veneciana sonrió al ver su aire de confianza, y al tiempo de inclinar hacia atrás su bella cabeza, le dijo: «*Vediamo.*» Mucho trabajo le costó al principio guardar el equilibrio en la posición clásica de gondolero y aun cuando al cabo pudo lograrlo y quiso hundir el remo en el agua, como le faltaba la práctica hacia movimientos desiguales y caprichosos que al obedecerlos la ligera y dócil góndola, se volvía á uno y otro lado, se inclinaba á veces hasta tocar el agua con uno de sus bordes, daba vueltas al rededor de sí misma y no había caminado diez varas en cinco minutos. Compadecida al fin Lucciola del embarazo de Nestor, hizo despertar los ecos en algunos viejos mármoles con una sonora carcajada y volvió á tomar el remo que él le devolvió sin resistencia.

—Muy bien, le dijo: habeis hecho todo lo posible por sumergiros, pero no lo habeis logrado; la *Gavia* no ha querido. ¡Ah! no se manejan como se quiere las góndolas y las hijas de Venecia!

—No puedo menos de confesar mi derrota, contestó Nestor, pero me incomoda veros tan afanada!

—¿Y no podríais llamar algun gondolero?

—¡Oh! á estas horas están desiertos los muelles, y por otra parte ninguna otra mano que la vuestra ha tocado este remo, la *Gavia* es tan suave y tan fina que yo la conduzco así muchas horas sin molestarme. Mirad, no tengo mas que indicarle el camino.

Y al decir esto la góndola le lanzó con la rapidez de una flecha, sin que al parecer hubiese hecho Lucciola movimiento alguno para impulsarla.

Nestor se perdía en mil conjeturas; ¿quién era aquella joven? De dónde le provenia aquel espíritu nove-



lesco unido con aquel colorido triste de un recuerdo poético que rayaba casi en la locura? ¿Dónde se limitaba su razón? ¿Acaso pertenecía á una familia patriarcal? A juzgar por las apariencias su educación había sido muy descuidada y la robustez y vigor de sus brazos de niña parecían incompatibles con la ociosidad. ¿Sería, pues, hija del pueblo? Esta suposición no era verosímil puesto que su lenguaje era puro y ageno del dialecto veneciano. ¿Quién era en tal caso? ¿Cómo explicar el origen de aquella adorable candidez, de aquella sencillez, de aquella seducción que inspiraba su inocencia? ¡Ah! el apasionado jóven no hallaba respuesta á estas preguntas y sentía que se le inflamaba el corazón y que su cabeza se ardia. Buscaba con avidez medios de que valerse para curar aquella razón estraviada pero faltábale valor para arrebatar la inocente creencia de aquella niña y hacerle comprender que el antiguo palacio de sus padres se había convertido en una posada. ¡Quién lo hubiera creído! El, tan indiferente á todo en su vida pasada, examinaba con prolijo cuidado las palabras y los menores movimientos de Lucciola y sentía una simpatía profunda por la ilusión de aquella desgraciada jóven.

Separábase de ésta, la pequeña tienda cerrada que hay en el centro de la mayor parte de las góndolas venecianas, y que con sus tapices, colgaduras y cogines forma un delicioso *retiro* para un poeta con su musa ó para un amante con su querida. Apoyado en el borde de la barca, contemplaba apasionadamente á Lucciola á favor de la clara luz de la luna, hasta que despues de algunos minutos la preguntó:

—¿Podeis hablar remando?

—No solo hablar sino tambien cantar, le respondió ella.

—Pues bien, si me conceptuais digno de tan preciosa confianza, si juzgais que vuestras palabras no me han de ser indiferentes, decidme quién sois, cuál ha sido vuestra historia pasada y qué presentis para el porvenir; no me compadezcáis á medias, necesito conocerlos, y si creyere que habiais de comprenderme, añadiría que tenía derecho á ello.

—¡Oh! seguramente no es un misterio lo que me preguntais. Toda Venecia sabe mi historia y el primer gondoleiro que encontremos os lo podría contar lo mismo que yo; es muy triste y sin embargo solo á mí hace llorar.

—Estoy seguro de que vuestras lágrimas harían correr las mías.

—¡Las lágrimas, como el rocío de la noche se evapora á los primeros rayos del sol! puesto que así lo quereis, escuchadme; pero tened presente que no es una historia sino solo la relación de una desdicha. Yo nací en el palacio de los *Fabbianni*, al cual vos habeis llamado esta noche posada de la *Stella*; mi padre, que era hijo de uno de los últimos duxs, no amaba mas que dos cosas en el mundo: su patria y su hija, y cuando Venecia fué vendida al extranjero, cuando el pabellon de la república, no ondeaba ya sobre San Marcos, agotó su vida y su fortuna en hacer inútiles esfuerzos para inflamar en los corazones venecianos las ardientes llamas del patriotismo; muy frecuentemente me decía estas palabras: «Los siglos pasados, los siglos de oro y gloria viven aun en los muros de este palacio, y mientras se conserve en posesion de los *Fabbianni*, algo nos quedará de nuestra república, porque los hijos de Lucciola serán nobles como tú y grandes y justos como nuestros abuelos, consérvale siempre, pues ha de ser el último santuario y el lugar de asilo de la libertad de Venecia; esto se ha escrito en la historia y cuando una tradición se perpetúa de una en otra generacion, es porque dimana de Dios.» Así me hablaba mi padre, señor, y sus palabras han sido mi religion. Yo era el único consuelo de su vida, pues no tenía mas hijos y hacia largo tiempo lloraba la muerte de mi madre. Un día vinieron los alemanes á brenderle y le metieron en los calabozos de San Marcos,

confiscaron todos sus bienes y vendieron su palacio. Solo en el mundo, jóven, (pues solo hace un año de esto), y abandonada, me atormentaba el alma la idea de que acaso no podría encontrar un medio de volver la libertad á aquel augusto anciano, nada poseía á escepcion de esta góndola, en la cual podeis ver todavía las armas de mi casa, y poco á poco me acostumbré á conducirla para pasar mi triste vida en ella; parecía que la Gavia amaba como yo los sossegados canales que bañaban la prision en que su antiguo señor gemia, pues se dirigía á ellos por sí sola como movida por un alma; con ella recorría y observaba el exterior de aquellos antiguos muros, y mi corazón se estremecía de miedo y de amor cuando al parecer oía un suspiro lejano, ó una voz desesperada, que los atravesaba; mi padre estaba allí y yo sentía que nuestros pensamientos se encontraban. Una noche; ¡cuánta fué mi sorpresa y mi gozo! hallábame yo en el canal iluminado por la luna, cuando moviéndose algunas viejas piedras, vi aparecer una cabeza nevada y un cuerpo débil y descarnado que atravesaron por entre los huecos del antiguo murallon; era mi padre que recibí en mis brazos, y rebotando el pecho de alegría y de un sentimiento de sagrada veneracion me arrodillé, recibí su bendicion y un beso en la frente y partimos; en su semblante estaba escrito y yo lei lo que pasaba dentro de su alma; sentía que su fin estaba próximo y había hecho esfuerzos sobrenaturales, no para recobrar la libertad, sino para ir á morir, él, el último de los *Fabbianni*, en el lecho en que todos los *Fabbianni* habían muerto; todos, de padre á hijos, habían citado en el mismo punto á esa pálida esposa que no recoge mas que un suspiro; mi padre me indicó por señas que estaba perdido y que era preciso remar hacia el palacio que todavía estaba deshabitado y al cual penetramos por el canal subterráneo que ya conoceis. Cuando llegamos á la grande estancia en que os encontré: «Ahora, me dijo, puedo entregar mi espíritu á Dios, porque muero en mi casa como los senadores y los duxs mis abuelos. ¡Lucciola, acuérdate de mis últimas palabras! por mas que pretendan hacer, por mas que hagan, este palacio te pertenece; yo te lo dejo, como mi padre me lo dejó á mí; hace dos siglos que nuestra ruina está predicha, hace dos siglos que se canta en Venecia esta leyenda:

Antiguo es el palacio  
Pero á la jóven bella  
Descubrirá la suerte  
El tesoro que encierra, etc.

«Tú has sido anunciada», hija mía, desde los tiempos antiguos, tú vendrás á este sitio todas las noches hasta que encuentres lo que predice la cancion de las lagunas; he aquí la llave misteriosa que te facilitará el paso; adios: sé valerosa y fiel.»

Y diciendo esto corrió las cortinas que adornaban su lecho para quedarse solo con la eternidad y con Dios. Cuando la aurora vino á iluminar el pálido semblante de su hija que arrodillada dirigía fervientes oraciones al cielo, espiró.

Desde aquel momento, señor, mi vida es un tormento continuo pero mi corazón abriga una esperanza; aquellas sencillas palabras pronunciadas con solemnidad por la voz de un moribundo, no han salido todavía ni saldrán de mi alma; quiero encontrar mi tesoro, no para ser poderosa, sino para devolver á la antigua historia ese palacio viejo; todas las noches recorro sus tinieblas y soy la fantasma errante de mi familia; en la triste soledad de ese edificio varias veces sus ventanas han dejado ver una luz misteriosa que vagaba por sus anchos salones, y como estaba inhabitado y nadie en Venecia sabía el sitio secreto por donde penetraba en él, es opinion recibida en el vulgo supersticioso que el alma de los *Fabbianni* salía de sus tumbas para velar sobre esas



ruinas; y vos, señor, si teneis alguna compasion por una pobre jóven que obedece una órden suprema, no volvais mas al palacio de los *Fabbianni*, respetad el lecho del anciano y el recuerdo que tan amargas lágrimas arranca de mi corazon.

—No, dulce niña, no, dijo Nestor, la ardiente llama de vuestros ojos y la tristeza de vuestros melancólicos recuerdos no me han fascinado en vano; no, ¡no volveré nunca á ese palacio si no es para seguiros y defenderos!

—¡No añadais, señor, vuestra tristeza á mi llanto! En Venecia me consideran como loca, y por donde quiera que paso me señalan con el dedo; las madres apartan de mi sus ojos y los gondoleros persiguen mi barca ¿quereis saber por qué? porque soy demasiado altiva para alternar con ellos y demasiado pobre para dejar de ser altiva: ved aqui lo que ahora constituye mi albergue, mi universo y mi todo; esta góndola, único resto que me ha quedado de la fortuna de mis padres, y en la cual vago á la ventura entregada á mis tristes pensamientos; por eso me llaman la loca; en ella recorro la ciudad de las ruinas, y uno á uno veo caer y hundirse en el mar de donde salieron los en otro tiempo ricos esplendores de la reina del Adriático; el Océano recobra su nivel y el viento abate los monumentos que se oponian á su victoriosa carrera. Mi vida, como veis es extraordinaria y parece que la fatalidad le ha señalado el curso invariable que debe seguir; yo tengo mis sueños de ilusion como los poetas, como los amantes de lo ideal; por eso tienen razon cuando dicen que estoy demente, no salgo de mi góndola á no ser en el discurso de la noche para entrar en ese palacio que es la quimera de mi imaginacion; la hija de los duxs no quiere entrar en Venecia durante el dia, porque su corazon no halla mas que maldiciones para esos esclavos viles que sufren el yugo sin resistencia y la derrota sin lucha. Me encierro en mi palacio á la sombra de sus viejos techos, despues de haber dejado mi góndola en algun sitio ignorado, y desde su recinto silencioso oigo algunas veces el rumor de los que ocupan la plaza de San Marcos, de los que se agitan por las calles, las disputas de los gondoleros, las canciones de los amantes y las músicas de los soldados austriacos; pero como esto me hace mal, procuro no oirlo y me entrego á mis sueños, en medio de los cuales veo á Venecia tal como la iluminaba el sol hace doscientos años; al principio interrumpian mi sueño; no querian tolerar esta vida aislada y hasta venian á insultarme en mi albergue, poco á poco se han ido acostumbrando despues á mirarme como loca, y respetando la enfermedad de mi inteligencia han tenido á bien dejarme sola. Cuan o el viento ha acariciado mi góndola, cuando las horas han pasado por mis cerrados ojos, llega la noche y entonces comienza nuevamente mi tarea; sé cuantas estrellas se descubren desde cada canal, cómo la luna proyecta la sombra de los puentes, cómo las brisas hiriendo las campanas producen en ellas sonidos melancólicos y casi imperceptibles, cuáles son los muelles á donde acuden los amantes á buscar sus góndolas, las ventanas á cuyo pié se oye la armonia de las guitarras, y las calles en que brillan y se cruzan las espadas; conozco todos los ruidos, todos los resplandores y sombras de Venecia durante la noche; y cuando las ventanas están cerradas y el canal se halla desierto, cuando todo esta tranquilo, llevo á mi palacio, busco, reuno mis recuerdos, me desespero, repito la cancion que me dijo mi padre en su agonía, estudio todos los misterios de aquellas viejas paredes, elevo fervientes súplicas al cielo, recobro mi valor y nada encuentro; dócil entonces á mi mision, espero confiada el dia de mañana, que generalm-nte es una repeticion del de hoy. ¡Oh! señor, no os detengais al pié de una ruina, no me distraigais de mi fatal mision; dad al olvido la muchacha importuna que ha venido á interrumpir vuestro sueño; y cuando oigais decir á la multitud que es una loca, responded en vuestro corazon que es fiel y muy desdichada.

—A pesar de todo eso, Lucciola, contestó Nestor, que la habia escuchado apasionadamente y que sentia su pecho lleno de sensaciones desconocidas hasta entonces para él, no habeis logrado convencerme. No, no creo que sea para mi una desgracia consagrarme á vos, ayudaros en vuestra santa empresa, consolaros y dejar que mi alma corra libre llevada por el encanto que la arrastra hacia vos; yo vagaba por el mundo sin objeto; era un sér inútil á la sociedad, era egoista, nada sentia, y despues de vuestra estraña entrevista mi corazon está palpitando, mi pensamiento en accion y todo mi ser conmovido; amo lo bueno y lo noble, amo la virtud y cuanto me habeis dejado entreveer. Vivía durmiendo y ahora vivo despierto; soñaba y ahora pienso, tenia constantemente la risa en los labios y ahora tengo el llanto en los ojos. ¡Lucciola, consintais en ello ó no, soy vuestro! vuestros pensamientos son míos, respiro vuestro aliento y seré el surco de vuestra góndola.

Al escuchar estas palabras pronunciadas con todo el ardor de una pasion reconcentrada, detúvose Lucciola, contempló al viagero un minuto y moviendo despues fuertemente el remo, é impeliendo con velocidad la barca:

—No, jamás os envolveré en mi desgracia; dentro de breves horas, cuando aparezca el nuevo dia me direis adios, para no volverme á ver mas; es forzoso, y será fácil que me olvideis, yo huyo como una sombra de la noche, y puesto que hemos venido á contemplar á Venecia á la luz de las estrellas no hablaremos mas de lo pasado ni de lo futuro; mirad á Venecia, señor.

Era tanta la melancolia de su acento cuando pronunció estas últimas palabras, que Nestor creyó un momento que, como él, la jóven experimentaba la influencia de una simpatia involuntaria; penetró en su corazon un rayo de esperanza y para descubrir la verdad, la dijo:

—Sé que no podeis comprenderme, conozco que vuestra inocencia es demasiado grande para que os deje comprender el encanto de vuestra hermosura; conozco que los corazones que con tanta facilidad se inflaman son algo sospechosos; pero tambien sé que transformado completamente mi sér, que el eco de vuestros acentos me hace palpar, y que estos cortos instantes que he pasado al lado vuestro me han hecho experimentar emociones ignoradas de mi hasta hora! ¡Lucciola! En nombre de la religiosa calma de la noche, en nombre de la santidad de un juramento hecho en presencia de las estrellas de Dios, creedme, yo os amo.

—Y yo, respondió ella, volviendo á su altiva naturalidad, os compadezco. Acaso no seais bastante noble para la nieta de un dux y de cierto sois demasiado rico para una pobre gondolera. No, yo estoy destinada á cumplir una empresa fatal ó á sobrellevar una soledad triste, pero gloriosa ante el deber. ¡No, eso no sucedera jamás!

En esto la góndola habia entrado en un estrecho canal que conduce hacia el lado de la calle *dello Speziale* y que pasa por debajo del puente de *Donna Onnesta*; la oscuridad y el silencio eran profundos, cuando de repente se vieron brillar las luces de grandes antorchas en el extremo del canal y se oyó un turbulento ruido de voces, risas y canciones; era una góndola que empavesada, brillante y llena de gente venia con la velocidad que podian comunicarle los brazos de dos robustos remeros.

—¡Ah! exclamó Lucciola con espanto; es la góndola de Roncari. Siempre que me encuentra me trae un nuevo ultraje. Vereis como me insulta.

—¡Insultaros! replicó Nestor; ¡olvidais que yo estoy aqui?

—Vos no traeis armas y ellos las traen, si me amais como me habeis dicho, no intenteis nada, no habeis una palabra y ocultaos debajo de ese tapiz.

Tan decisivo era el tono con que Lucciola pronunció estas palabras que Nestor obedeció sin atreverse á hacer la menor observacion. En un segundo, Lucciola saltó á



la estremidad de la barca, apagó la luz del farol y volvió á ocupar su puesto y á recobrar el remo.

Sin embargo, lócamente impelida la otra góndola, llegó bien pronto á la suya; el jóven gondolero que Lucciola habia designado con el nombre de Roncari, manejaba un remo y conducia en su barca una muger y otros compañeros que al parecer volvan de alguna alegre orgia; al reconocer la góndola de Lucciola atravesó la suya en el canal con objeto de impedirle el paso.

—¡Ah! dijo, ¿has olvidado, Lucciola, las costumbres de Venecia? ¿Por qué no nos has dicho *Oe Castali*? (voz por la que se entienden los gondoleros para no abordarse, ¿ó has temido que te reconociese por la voz? A la verdad, bella jóven, no es este el mejor modo de portarse y por lo mismo es preciso que te vengas con nosotros ó que nos dejes pasar á tu góndola.

—Roncari, ya no queda en Venecia mas que la libertad de los canales, no me la usurpes y déjame paso.

—¡*Per Baco!* replicó el gondolero; ¡esto es cosa nueva, muchachos, la Lucciola tiene un amante, mirad! Y diciendo esto levantó con la punta del remo el tapiz que ocultaba á Nestor, el cual incorporándose violentamente lo cogió con ambas manos; pero Lucciola hizo un movimiento tan rápido que la barca retrocedió y Nestor tuvo por fuerza que abandonar el remo.

—Hace un momento, dijo Roncari, hablaba de broma, pero ahora hablo formalmente, escucha, hemos sufrido tus desprecios, hemos tolerado que la hija mas bella de las lagunas no haya escogido un amante entre nosotros, pero no podemos consentir que te burles de los que debian ser tus compañeros, y pasees de noche á la luz de la luna á un extranjero, y puesto que tienes amantes, nosotros tambien queremos serlo ó á lo menos conocer á tu protegido.

Y diciendo esto quiso saltar á la barca de Lucciola; mas haciendo ella otro movimiento desesperado, con el que dejó caer á Roncari en el canal, pudo libertarse de él y ganar espacio; mil imprecaciones salieron de la otra góndola y dos remeros la hicieron volar en seguimiento de la gavia; antes que Nestor se hubiese podido apercebir, dos brazos hercúleos le sujetaron fuertemente y le trasbordaron. Roncari los alcanzó bien pronto á nado. Entonces Lucciola gritó á Nestor en francés:

—¡*Estais entre gente infame! esperadme y ganad tiempo!* ¡Recordad vuestras promesas de amor, pues aunque os lo negaba hace un instante, están grabadas en mi corazón! ¡Me volveréis á ver! Diciendo esto tomó el remo con desesperacion y la gavia se perdió en las sombras como si efectivamente hubiese llevado alas.

(Se continuará.)

## ESTUDIOS DE VIAGES.

### EL TEMPLO DE SALOMON.

**E**L sabio, justo y pacífico Salomon, hijo y sucesor de David, fué destinado por el Señor para la construcción de aquel maravilloso templo, que debia consagrarse á la gloria de su nombre. Solo unas manos puras de sangre, fueron juzgadas dignas de llenar los designios de Dios, al levantar esta vasta y suntuosa fábrica, cuya memoria alcanzará á las últimas edades del mundo. Concordando la historia sagrada con la profana, resulta que se terminó esta portentosa obra 180 años despues de la ruina de Troya, 250 antes de la fundacion de Roma, y 1,000 antes de la venida de Cristo, habiéndose empleado en ella siete años y siete meses, segun Cornelio. Otros autores suponen que se principió la obra el año 2935 de la creacion del mundo y 1017 antes de Cristo.

En el cuarto año de su reinado, y en el mes que llamaban los hebreos *Zio*, que corresponde parte á abril y parte á mayo, abrió Salomon en el monte *Moria* las zanjas en que debian ponerse los cimientos del templo. La idea de esta fábrica, que era la maravilla del orbe, la dió Dios á David, y éste la comunicó á Salomon; y era conforme á la del tabernáculo, que dió el Señor á Moises. Difusamente la han descrito Flavio, Josefo, Pineda, Rivera, Villalpando, Arias Montano y otros. Tenia de largo cada lienzo de pared, de los cuatro que formaban el edificio, 2,539 pies de los nuestros, y de ancho mas de 1,100, recogiendo-se el muro en ancho y largo hasta venir á quedar en lo alto de 2,000 pies de largo y 257 de grueso en cada uno de los dichos cuatro lienzos.

Dice Josefo que habia en esta fábrica piedras, cuyo tamaño medido con pies castellanos, pudiera calcularse en 110 de largo, 17 de ancho, y de grueso 15. Era todo el edificio desde los cimientos hasta el techo, de mármol blanco preciosísimo, no labrado con picos, sino aserrado con sierra de cobre y esmeril, por todas las seis superficies de cada sillar, de manera que las piedras que parecian por

fuera macizaban toda la pared. Todas las piedras se labraron en el monte Libano, dándoles allí el pulimento que tenian. Iban tan bien labrados, que en ninguna de ellas se advertia la menor señal de la herramienta con que se habia labrado, no oyéndose tampoco por consiguiente ningun ruido causado por los que trabajaban en asentarlas y colocarlas: se ajustaban tan perfectamente, que apenas se distinguian las junturas, de modo que todas las paredes parecian de una pieza, y allí criadas y nacidas naturalmente. No estaban entre sí trabadas por medio de mezcla, sino asentadas al hueco, y aseguradas interiormente con barras de hierro, menos las del medio dia, que lo estaban con plomo. Esto en cuanto á las piedras lisas en su superficie; mas en cuanto á las que tenian molduras que no podian labrarse con la sierra, hubo de emplearse forzosamente otro artificio, de que no se conserva una noticia precisa.

Tenia columnas de una sola piedra, siendo las mas ordinarias de 35 pies de alto, y  $5\frac{1}{2}$  de grueso, y algunas de 110 pies de largo, y 11 de diámetro, y ninguna menos de 35 pies de alto, y de 5 y 5 de grueso.

Cada una de las dos columnas de bronce, llamadas *Jakin* y *Booz* tenian el mismo diámetro y alto que las mas ordinarias que hemos mencionado; pero con todo su ornato aparecian de  $68\frac{3}{4}$  pies de alto. El número de las columnas era de 1337, sin contar las que se hallaban adheridas á las paredes, que serian ocho tantos mas, en todas las cuales se hallaban labrados los capiteles de talla con inmenso coste y tiempo: estos capiteles tenian regularmente seis pies de alto, y algunos doce, y el ancho proporcionado.

Las ventanas medianas tenian de alto 17 pies, y de ancho  $8\frac{1}{2}$ , y habia 2,372; casi todos los muros eran de igual espesor, y consistia este en 17 pies y 5 dedos: el antepecho de sobre el muro de las barrancas tenia igual grueso; y de la misma medida era la caña que el ángel traia en la mano, con cuya caña se midió este edificio. El muro mas delgado era de 15 pies y tres cuartos.

La primera calle que rodeaba todo el edificio tenia de ancho 68 pies y tres cuartos por cualquier pared; y cada



ado 2,028 pies de largo. El muro de la lonja de los Gentiles tenía de largo 1,890 pies, y de alto hasta el terrado 83 pies, y toda ella tenía de altura 157 pies y medio. Esta lonja ó casa de contratacion ó bolsa tenía de ancho 103 pies y un octavo; y el patio 157  $\frac{1}{2}$  pies de ancho y 1,630 de largo.

El muro de Israel tenía de largo en cada lado 1,373 pies, y de alto hasta el ala del tejado, 177  $\frac{3}{4}$ . El primer suelo de las lonjas tenía de alto sobre el suelo del patio de los Gentiles, 83 pies y 13 dedos. Las lonjas tenían de ancho 157  $\frac{1}{2}$  pies, y de largo cuanto los patios ó el edificio.

Los patios eran todos cuadrados de á 273 pies, si no se quiere contar por uno todo el interior, que lo cercaba una barandilla, y que tenía en medio lo que se llamaba la casa de Dios, pues entonces tenía de largo 687 pies y medio y lo mismo de ancho.

La torre de la casa de Dios, desde el suelo hasta la piedra angular en que terminaba el frontispicio, tenía de alto 319 pies, de ancho 173, y de largo 273 pies.

El vestibulo del templo tenía de largo 53, y de ancho 27  $\frac{1}{2}$ ; el santuario era de ancho 53, de largo 110, y de alto hasta el primer techo 82  $\frac{1}{2}$  pies; el Santa Santorum tenía igualmente de ancho, largo y alto 53.

Había en esta inmensa fábrica 850 aposentos. Los mas ó casi todos cuadrados á 34 pies, sin hacer cuenta de los subterráneos, ni de los cuartos de los porteros, inmediatos á las puertas. Había además sobre el Santa Santorum una pieza grande, en que se guardaban los vasos sagrados y tesoros del templo, y las cortinas y tablas del tabernáculo, cuya pieza tenía de ancho 53 pies, de largo 163, y de alto 102. El recibimiento del tabernáculo era de 53 pies de largo y 50 de ancho.

El callejon que iba por entre los dos órdenes de aposentos tenía de ancho 34 pies y de largo 1,510. Cada cuarto era de ancho 157 pies y medio.

La Audiencia real llamada casa del Bosque Libano, y por otro nombre la Armería del Bosque, tenía de ancho 157 pies y medio, de largo 273, y en tres altos ó picos se elevaba 82 pies y medio.

Había entre tanta grandeza de partes tan escelente proporcion, que con una sola medida se medían todas y la fábrica toda; y guardaban estas tal correspondencia con las subalternas y accesorias, por pequeñas que fuesen, que quien perfectamente conociese la proporcion en que se hallaban unas, ó supiese la medida de uno de los miembros, hallara una basa ó capitel, comprendería el orden á que correspondían y se haría cargo de todo el edificio y de todas sus partes: con cualquiera de ellas que se hubiese suprimido ó alterado, se habría destruido la armonía y unidad del todo. Es esto tan seguro y esacto, que un escritor refiere haber hallado en Josefo algunas medidas que él antes había fijado, habiendo averiguado con esquisita diligencia la proporcion general de todas las partes: esto comprueba y asegura la verdad de las medidas que se atribuyen á esta vastísima fábrica. Eran tan gratas sus proporciones, que en las cornisas ó en cualquiera otra parte, se hallaban todas las combinaciones armónicas que era posible encontrar en la naturaleza.

Para el abasto de la madera, hizo Salomon una contrata, (véase si son antiguas las contratas!) con Hiram, rey de Tiro, que se obligó á suministrar las maderas necesarias á la fábrica, recibiendo en trigo el precio; pues aunque los cedros y las hayas se hallaban en el Libano, los sidonios entendían mejor el arte de cortarlos y pulirlos. Se ocupaban en esto, como maestros de obras, 30,000 israelitas, así como se hallaban empleados 150,000 estrangeros en cortar piedras y mármoles y en conducirlos, juntamente con las maderas, al parage destinado. El administrador general ó intendente era un tal Adanias, contra cuya probidad nada dicen los autores. Pero si consta que el tal rey Hiram sacó gran producto de su

contrata, y todo á costa del sudor de sus vasallos. Recibía cada año de Salomon 202,777 fanegas de harina de trigo y 775,137 arrobas de aceite para el gasto de su casa: para el sustento de sus oficiales igual cantidad de harina y de cebada, de vino 775,137 arrobas, y otro tanto de aceite; y de pan terciado 688,331 fanegas y un cuarto. Además recibió Hiram, cuando se terminó la obra, veinte pueblos, con lo que todavía no quedó contento, por que creía que había servido tan bien, que merecía muchos mas y mejores pueblos.

El marqués de San Felipe, á quien hemos tenido á la mano, dice: «Era el edificio por su arquitectura y grandeza, magestuoso; por sus adornos rico, por sus misterios santo. Allí se esmeró el arte y el ingenio de cuantos artifices tenían los primeros créditos en el Oriente. Cuanto costase su fábrica, nadie se atrevió á computarlo, porque sobre haber dejado David para ella 100,000 talentos de oro, que en reduccion de Cornelio son 1,200,000,000 de monedas de oro, y 1,000 veces 1,000 talentos de plata, que son otros tantos millones de oro: (por que entonces valían doce onzas de oro, diez libras de plata) añadió Salomon inmensas cantidades, que no se sujetan al guarismo.... No se veía en él sino primores, que escudían á la materia, aun la mas preciosa. Sus paredes, y su pavimento las cubrían láminas de oro, que también vestían las estatuas de los querubines, y las molduras y labores. Envileció la plata, pues los adornos de los altares, blandones, candeleros, incensarios, navecillas, lámparas, tridentes, fijeros, vasos, cántaros, vasijas, morterillos, y otros instrumentos para el sacrificio, eran de oro, y los mas humildes de plata. Agotó allí el Oriente sus minas, pero no el rey las riquezas, porque edificó en Sion tres palacios.»

Era el mas vasto y suntuoso palacio de la antigüedad, y superior á todo encarecimiento. El adorno de las basas y cornisas correspondía admirablemente á las partes principales de la fábrica. Josefo la llama obra corintia; otros la gradúan de dórico-corintia, por sus proporciones, y por la distribucion de los triglifos; y aun hay quien diga, que no corresponde á ningún orden determinadamente, sino á todos, no debiendo reputarse como fábrica dórica ni corintia sino como primitiva y superior á todas las demás, y á todos los órdenes.

Ya puede inferirse la cantidad de vigas que se empleaban en esta obra, pues todas eran de cedro, como ya hemos indicado, y se hallaban adornadas con trabajos de escultura, formando entre sí magníficos artesonados. Había algunas de 163 pies de largo, 10 de ancho, y 6 de grueso: las mas comunes tenían 50 pies de largo, 5 de ancho y 5 de grueso.

El pavimento de todo el edificio, y particularmente el de los atrios, estaba formado de piedras muy preciosas, de varios colores, labradas con singular ingenio, y combinadas de un modo admirable.

Las paredes de la casa de Dios, el suelo y techo, todo estaba cubierto de láminas de oro, que segun varios escritores tenían el grueso de un doblón, con adornos de piedras preciosas, y con engastes tambien de oro.

Tenía el templo para su servicio 270,000 vasos de oro y 290,000 de plata. El altar de bronce era cuadrado y constaba de 53 pies cada lado, siendo su altura de 27  $\frac{1}{2}$  pies. La vacía grande, llamada Mar de metal, tenía de diámetro 27  $\frac{1}{2}$  pies y de hondo 3  $\frac{1}{4}$ .

Por lo que hace á la gente empleada en la obra, luego que David formó el propósito de edificar el templo, hizo contar los gabaonitas que había en Israel, y halláronse 155,600: y desde entonces los mantuvo á todos señalando los oficios en que se ejercitaron desde luego para cuando los hubiese menester su hijo; y así tuvo Salomon muchos de estos llamados natineos, que quiere decir donados, por haberlos dado para que despues sirviesen á los ministros del templo y llevasen agua y leña.



Se ocupaban además en dicha obra 70,000 peones, 80,000 canteros, y 3,600 entre aparejadores y sobrestantes. El pueblo dió como en tributo 50,000 hombres, que trabajaban en el monte Libano por terceras partes, juntamente con los vasallos del rey Hiram, cuyo número se calcula por lo menos 16,400 hombres, de forma que se graduaba el número de todos los que se hallaban ocupados en la fábrica del templo en 200,000.

Con ser tantos los oficiales que trabajaban y tener el dinero á mano y reunidos gran parte de los materiales, dice la Sagrada Escritura que tardó en edificarse  $7\frac{1}{2}$  años. Según Josefo, no hizo Salomon menos ostentación de su poder en la celeridad con que se ejecutó la obra, que de sus riquezas en la magnificencia de la fábrica. Hacia cualquier parte que se dirigiese la vista, parecía imposible que aquella vasta mole, que aquella fábrica de tan inmensos accesorios, que aquella maravilla del arte, se hubiese ejecutado en tan corto espacio de tiempo.

Además del oro y plata que como ya hemos dicho dejó David á su hijo Salomon para la fábrica del templo, dejó también una cantidad inmensa de diferentes metales, que según afirman varios escritores, escudía con mucho á la del oro y plata.

Tenia Salomon de renta anual, sin contar las alcabalas de los mercaderes y sin los presentes que recibía, y solo en oro 9.890,100 ducados. La flota le traía cada año 6.082,500 ducados. Hiram le enviaba cada año 1.782,000 ducados. Por consiguiente las rentas de Salomon, conforme á estas tres partidas, podrían calcularse en 15.899,600 ducados anuales, que multiplicados por los siete años que duró la obra, ascienden á 98.897,200 ducados, que debiendo gastarse en las fábricas, con mas la renta de los cuatro años que precedieron á la obra; pues los reyes comarcanos, sus tributarios, suministraban á Salomon lo necesario para el sustento de su casa. No se sacaba de sus rentas el gasto de sus palacios, pues doce mayordomos, distribuidos por las provincias, abastecían cada mes sus reales despensas con cuanto podía ser necesario para el sustento y regalo: se consumían en la comida cada día treinta medidas de sémola hecha de la flor de la harina, y de aquella, sin sacar la flor, sesenta (cada medida contenía treinta estareles romanos que son veinte fanegas), diez bueyes gordos y veinte alimentados, que jamás se hubiesen sujetado al arado, y criados en las mas fértiles dehesas; cien carneros, y todo género de volatería. Los mercaderes de Egipto y de Cos, proveían sus caballerizas de caballos, de los que contaba 40,000 para carruage, y 12,000 para montar. Creen algunos historiadores que Salomon con tal opulencia y con semejante fausto y grandeza, á que ni siquiera podía acercarse ningún otro monarca, pecase contra lo que prescribía el Deuteronomio que prohibía la multitud de caballos; pero el Abulense le excusa diciendo que Dios quería manifestar en este príncipe su poder y su gracia, y la gloria de Israel.

Ya hemos visto los inmensos tesoros que reunió David para la fábrica de este templo; hemos dado una idea de las rentas de Salomon, que íntegramente se emplearon en dicha obra desde cuatro años antes de principiarse: pues bien, veinte años después de terminada esta, y ajustadas cuentas con el rey Hiram por los gastos hechos en cortar los maderos y traerlos á la orilla del mar, se encontraba tan exausto el erario de Salomon, que solo pudo dar á Hiram los veinte lugares que ya hemos mencionado, y que se hallaban en la tierra de Galilea, no dándole de ellos el dominio absoluto, sino las rentas. Según varios historiadores, ya no le quedaba á Salomon otra manera de pagar, que con pueblos.

Un año después de concluida la obra del templo, condujo Salomon el Arca, según la opinión de Serario, en hombros de sacerdotes con la mayor solemnidad y pompa, publicando una fiesta de catorce días. Hizo en él una

larga oración, bendijo la sinagoga, dedicó el templo y celebró un sacrificio donde se ofrecieron por víctimas 22,000 bueyes y 120,000 ovejas. Tuvo esto lugar en el séptimo mes, que es entre setiembre y octubre. Llenó el templo la gloria de Dios, manifestada en una niebla no oscura y triste, sino luminosa que embarazaba á los sacerdotes su ministerio. Velábase la magestad del Altísimo en aquella como nube, para no dar á los ojos objeto ni idea de un ser incomprensible, y que aplicada la veneración á lo formal del ser divino, adorasen los hombres por fe lo que no entendían. Después se apareció en sueños al rey, como cuando le habló en Gabaon, y le dijo: «Que le había sido grata su oración en el templo, del cual no apartaría su corazón ni sus ojos, ni su favor de la casa de David, como el rey le imitase en las virtudes; pero que si se desviaba de lo recto, y no observaba Israel la ley, adorando falsos ídolos, que le quitaría de la haz de la tierra, haría las tribus proverbio y asunto de irrisión en las naciones, destruiría el templo, y borraría la gloria que les había prometido, convirtiéndola en ignominia.» Este es el sentido de esta visión en que quiso Dios amonestar á Salomon á fin de que perseverase en el camino de la santidad.

Aun todavía debemos hacer mención de una circunstancia que sirve para conjeturar la cantidad inmensa que se gastaría en la construcción del templo y que justifica el cálculo de algunos escritores, que hacen subir el costo de aquel edificio á 911.195,200 ducados, sin contar el mantenimiento y salarios de los oficiales. Los tributos que impuso Salomon al pueblo con el objeto indicado fueron tales y tan duros y onerosos, que cansado de pagarlos, á pesar de que lo había consentido, se rebelaron contra Roboan, su hijo, las diez tribus.

Los sacerdotes y levitas destinados al servicio del templo eran 44,000, y cada semana estaban los semanarios con su bandera tendida y caja tocada, todo en orden, siendo su número de 770 ministros, que toda aquella semana vivían en el templo, guardando la mas rigurosa castidad. Servían en el templo además los natineos, de que ya hemos hablado, que ocupaban ellos solos un barrio de Jerusalem, al lado oriental del templo, y cuyo barrio se llamaba Osel.

Además del templo edificó también Salomon en Sion tres palacios: uno inmediato al templo por la parte oriental del monte, pues el de David se hallaba á la parte occidental: construyó otro para la hija de Faraon, que era la principal reina de Israel: otro en el Bosque, á manera de casa de campo, que tenía el nombre del Libano, ya por la semejanza que aquella selva tenía con el indicado monte, ya por haber sido fabricado el palacio con materiales traídos del Libano: en este último tenía su armería, y jardines, y era como un lugar destinado para ejercicio y recreo del rey.

Estas tres suntuosísimas fábricas se hicieron en 13 años. Describelas prolijamente la Escritura en el libro de los Reyes, donde se dice: «Que había otra casita, en que se sentaba el rey á juzgar como en trono, en el centro del pórtico, ceñido de asientos para sus consultores.» También construyó Salomon el Burgo de Mello, los muros de Jerusalem, y de las ciudades de Hese, Mayeddo, y Lezer. También edificó á Betheron inferior, Baalath, y Palmira, y muró las ciudades de su distrito. En Asiongaber de Idumea, junto á Ailath, hizo fabricar una gruesa armada de buques de transporte, que navegó á Ofir, y trajo en su primer viage 420 talentos de oro. Todas estas obras fueron necesarias para agotar el tesoro del monarca mas rico y poderoso de la antigüedad, y para consumir las cuantiosas é inmensas rentas de sus dilatados dominios. Serario, fundándose en un pasaje del Paralipomenon, dice que no hubo antes ni después que él otro príncipe mas rico. Con todo el Abulense asegura que no lo fué tanto como Alejandro Magno, Julio César, y los emperadores romanos.



## HISTORIA NATURAL.

### LA MANGUSTA.



n el nombre de mangusta incluyo á tres animales por su grande analogía, y filosóficamente considerados no debieran formar mas que una sola especie, siendo únicamente variedades producidas por la diferencia del clima y circunstancias locales. «He visto, dice el autor

de este artículo, mangustas vivas de la India traídas á Francia por el general Latapi, y comparándolas con las de Egipto, que se crían en el Jardín de Plantas, solo hallé una corta diferencia en el talle.» De esta misma opinión fué el célebre Buffon. Séase lo que fuere, los naturalistas hacen mención de las especies siguientes:

1.<sup>a</sup> Mangusta de Egipto, ó ichneumon (*viverra ichneumon* LIN.): célebre por las fabulas que sobre ella refieren los antiguos. Tiene poco mas ó menos el tamaño de un gato, el cuerpo adelgazado como el de la marta, la cola larga, muy gruesa en su raíz y terminada en una vedija de pelos negros.

2.<sup>a</sup> Mangusta de las Indias (*viverra mungos*, LIN.): es mas pequeña, tiene el pelo gris ú oscuro, y leonado en las mandíbulas, y la cola larga y terminada en punta.

3.<sup>a</sup> Mangusta del Cabo, (*mangusta cafra*, CUV.): solo difiere de la antecedente en que en lugar de tener el pelo rayado de negro, es gris ú oscuro, uniforme, ni tiene tampoco el color leonado en las quijadas.

Las mangustas son unos hermosos animalillos que viven en los bosques y especialmente en las orillas de los ríos y arroyos. Su paso es un extremo ligero y se deslizan sin mover el menor ruido para echarse sobre su presa, la cual consiste en pequeños mamíferos, aves, serpientes, lagartos y en general toda especie de reptiles, y hasta come insectos á falta de otra cosa mejor. Está dotada la mangusta de un valor extraordinario, de modo que no solo se defiende de otros animales mucho mas grandes y fuertes, sino que ni aun parece que los tema. Muchas veces mata á un grueso gato si anda á buscarle contienda, así mismo se hace respetar de los mas grandes perros, á quienes salta á los ojos por poco que parezca la amenaza. En la casa donde se cria, al momento se hace dueña de la cocina y demas estancias: y en ella no puede entrar ningun otro animal sin su beneplácito. Es verdad que no es de sí quimerista, antes vive en paz con los otros animales domésticos, con tal que no le disputen nada, ni aun el lugar en que acostumbra á echarse. En Egipto, y particularmente en el Cairo, crían mangustas en muchas casas, para reemplazar á los gatos en la persecucion de los ratones, en cuya caza muestran un afán y astucia muy superiores á los de aquellos, y además de ratones destruyen á todo

los demas animales incómodos, como galápagos, insectos etc., que tanto abundan en el norte del Africa.

Pero en lo que la mangusta de las Indias ostenta un ardor inconcebible es en la destruccion de las serpientes. Vésela huronear continuamente en las orillas de los pantanos y demas sitios en que cree hallarlas. Apenas descubre alguna, saltale encima y le aplasta la cabeza con la prontitud del rayo, cuando la serpiente se halla á su alcance, sin que la deje tiempo de hacer ningun movimiento para defenderse. Si la serpiente se halla á alguna distancia cuando la descubre la mangusta, entonces es muy curioso ver los esfuerzos y astucias que emplea para acercarse sin ser vista, ó al menos sin espantarla: ya se levanta sobre sus patas traseras para examinarla; luego enfureciéndose á su vista, anda encorvando el dorso como un camello y con las patas tiesas; ya al ver que la presa hace algun movimiento para huir se estiende y agacha rozando el vientre con el suelo y avanza resvalando por las yerbas. Así que llega á trecho, saltale encima, y empieza la mas terrible lucha, que siempre termina con la muerte de uno ó de ambos combatientes.

La mangusta trata de coger á la serpiente por el cuello ó el cráneo, y apenas lo logra cuando queda terminada la lucha. Pero como si el venenoso reptil conociese su intencion arrolla continuamente su cuerpo para resguardar dichas partes bajo sus escamosos anillos, y de cuando en cuando con un movimiento súbito como el de una flecha, lanza su cabeza á la mangusta y con los venenosos colmillos le hace una herida mortal. En este caso todos los esfuerzos de la mangusta se dirigen á otro objeto y solo trata de desembarazarse de los numerosos lazos con que la envuelve su contrario. Lógralo y se aleja arrastrándose dolorosamente, va en busca de una planta que ella conoce, come algunas hojas, se revuelve sobre ella varias veces, y en seguida, llena de nuevo vigor y encarnizamiento, vuelve al combate y acaba por dar muerte á la serpiente.

Los indios, mil veces testigos de un hecho tan extraordinario, han examinado la planta que busca la mangusta, y han visto ser la que llaman los naturalistas *ophiorhiza mungos*: desde entonces la emplean con suma confianza en las terribles mordeduras de las serpientes ponzoñosas. Esto es exactamente lo que refieren los viajeros y por ellos los naturalistas: ¿pero es verdadero? ¿puede sostenerse ante una crítica ilustrada? Me parece imposible.

Aun suponiendo, lo que no es probable, que la mangusta conociese las propiedades de la *ophiorhiza* (de la que además solo emplean la raíz), ¿hallaríala siempre cerca y preparada allí donde tuviese la lucha con una serpiente? Para esto fuera menester que dicha planta fuese mil veces mas comun y abundante, no diré que las otras plantas de la India, sino hasta que todas las demás especies del globo, puesto que debería cubrir todo el terreno que se estiende desde el Egipto hasta Java, y que forma toda el Asia meridional, pues en todo el se encuentran mangustas y serpientes venenosas. Admitiendo este hecho, que se ha demostrado falso, ¿tendría además dicha planta la milagrosa propiedad de curar en un momento una herida mortal para los grandes mamíferos y aun para el hombre mismo?



Cierto viajero alemán presenci6 dos 6 tres luchas entre la mangusta y la serpiente ponzoñosa, y pretende que la mangusta al sentirse mordida va en efecto 6 revolcarse sobre la yerba aunque no haya la *ophiorhiza*; pero esto no impide que muera 6 consecuencia de la mordedura. No obstante véase otro hecho que refiri6 un sugeto incapaz de alterar la verdad: vive en Fontaineblau, 6 menudo va 6 herborizar en el bosque, donde como todo el mundo sabe abundan las víboras. Vi6 6 una comadreja atacando 6 uno de dichos reptiles, luego se alejaba para revolcarse en la yerba y volvía de nuevo al combate, repitiendo varias veces la misma maniobra hasta que dej6 muerta 6 la culebra. Observ6 muy bien que la comadreja se revolvió sobre las primeras gramíneas que hallaba, y que de ningun modo buscaba la planta llamada viperina (*echium vulgare*) para comer de ella y curar, como algunos han dicho, 6 ejemplo de la mangusta de la India.

Los autores antiguos tambien nos han dejado muchas fábulas absurdas tocante 6 la mangusta de Egipto, que llamaban ichneumon y rata de Faraon. Para explicar la razon por que le tributaron culto divino los antiguos sacerdotes de Tebas y de Menfis, dijeron que se introducía en el cuerpo del cocodrilo, cuando le sorprendía durmiendo con la boca abierta, y le daba muerte royéndole las vísceras. Lo cierto es que ataca a los cocodrilos pequeños que no llegan aun al tamaño de dos pies, y sabe evitar sus dientes ya formidables para ella, cogiéndolos por el cuello. Conoce tambien el sitio donde estos animales entierran los huevos, y nunca deja de desenterrarlos, comerse algunos y romper los restantes.

Es la mangusta muy domesticable, pero lo mismo que el gato, mas se afición a la habitacion que al dueño. Es sumamente sensible al frio y vive muy poco en Europa.



La Mangusta.